LAS SIETE LEYES DE LA ENSEÑANZA

GREGORY - BAGLEY - LAYTON

LAS SIETE LEYES DE LA ENSEÑANZA

POR

JUAN MILTON GREGORY

Primer Regente de la Universidad de Illinois (EE. UW.)

NUEVA EDICIÓN REVISADA

POR

GUILLERMO C. BAGLEY

Y

WARREN K. LAYTON

De la Escuela de Pedagogia de la Universidad de Illinois, E. U. A.

TRADUCIDO DEL INGLÉS

POR

ALFREDO S. RODRÍGUEZ Y GARCIA

Ministro del Evangelio

THE PILGRIM PRESS

BOSTON CHICAGO



THE PILGRIM PRESS
BOSTON

NOTA A LA VERSION REVISADA

En esta revisión del libro del Dr. Gregory, se ha efectuado toda clase de esfuerzos por retener tanto la forma como la substancia del trabajo original. Sin embargo, se han introducido en él algunas adiciones y alteraciones, según se han sugerido por los recientes desarrollos efectuados en las teorias y prácticas educativas. Los cambios más grandes han sido hechos en los capítulos III y IV cuyos contenidos son completamente nuevos.

W. C. B.
W. K. L.

Urbania, Ill.
Junio, 1917.

DOS PALABRAS DEL TRADUCTOR

Al traducir al Español el magnifico libro del Dr. Gregory, tenemos la convicción plena de que el público del habla castellana sabrá apreciar la real importancia de este trabajo que, a la par que sencillo, tiene un fondo riquisimo en sugestiones y enseñanzas pedagógicas.

El mejor testimonio que puede darse a favor del valor de este libro, es que fué escrito hace treinta y cuatro años, y no obstante todos los progresos que se han efectuado durante ese lapso de tiempo, en el arte de la enseñanza, este trabajo aún se considera como bueno y útil y es recomendado por los peritos en la materia de que trata; que, cuando libros que entonces eran considerados como de gran valor, hoy son desechados por inútiles, éste continúa prestando magnifico servicio a los que han dedicado sus vidas a la noble labor de guiar a la niñez a mayor cultura e instrucción moral.

Ha sido, pues, tarea grata para nosotros el verter al Español, por recomendación de "The Pilgrim Press" de Boston, E. U. A., este hermoso trabajo del Dr. Gregory; y

esperamos que nuestra tarea no haya sido en vano, sino que, lunares de traducción aparte, ella será de valor y utilidad para muchos. Por lo menos, éste es nuestro más sincero deseo.

A. S. R. G.

Pinar del Rio, Cuba,
Septiembre de 1918.

CONTENIDO

JUAN MILTON GREGORY

El autor de este libro, Juan Milton Gregory, fué uno de los guias, en asuntos educativos, de la generación que acaba de pasar. Nació en Sand Lake, condado de Renssalaer, Nueva York, en el 26 de Julio de 1822. Obtuvo su primera educación en escuelas rurales, y llegó a ser maestro de una de estas escuelas a los diez y siete años. Tres años después, cuando aparentermente parecia que habia de dedicarse a la carrera de Leyes, ingresó en el "Union College," en Schenectady, Nueva York, pero después de graduarse en 1846, abandonó esta carrera e ingresó en el ministerio de la denominación Bautista. Su corazón, sin embargo, se inclinaba a la educación, y en 1852 aceptó la dirección de una Escuela Clásica en Detroit, estado de Michigan. Casi inmediatamente fué reconocido como uno de los guias en cuestiones pedagógicas por los concilios y centros docentes de su estado, Illinois, y llegó a ser uno de los fundadores y el primer director de "La Revista de Educación de Michigan." Su gran conocimiento de las cuestiones educativas y su gran popularidad entre los maestros, fueron la

causa de su elección, en 1858, a la Superintendencia de Instruccion Pública de Illinois, cargo para el cual fué reelegido por dos veces. En 1864 no aceptó una cuarta nominación para el referido cargo, entrando, como presidente del " Kalamazoo College," en una nueva esfera de acción — la organización de centros de instrucción superior.

Cuando en 1868 fué organizada la Universidad de Illinois, con el nombre de " Universidad Industrial del Estado de Illinois " se pidió al Dr. Gregory que se hiciera cargo de la organización de la nueva institución. Su labor de trece años, colocando los fundamentos de una de las más grandes y poderosas universidades de estados, le aseguran un lugar prominente en la historia de la educación americana. Al abandonar la dirección de la Universidad de Illinois, sirvió por algún tiempo en la Comisión de Servicio Civil de los Estados Unidos. Sin embargo, la gran obra de su vida fué la organización de la Universidad, y antes de morir, en 1898, pidió que su cuerpo fuese depositado en el claustro de la mencionada Universidad, por la que tanto trabajó. Esta súplica fué obedecida con toda reverencia.

El libro del Dr. Gregory, " Las Siete Leyes de la Enseñanza," fué publicado primeramente en 1884. Siendo una clara y sencilla exposición de los importantes factores que gobiernan

el arte de la enseñanza, ha tenido un gran éxito como manual para los maestros de las Escuelas Dominicales. Como reconocimiento al gran servicio prestado por el Dr. Gregory a la Universidad de Illinois, dos miembros de su escuela de Pedagogia se han ocupado de la revisión del libro, que es la que ahora presentamos al público.

INTRODUCCION

A semejanza del Señor, observemos cuidadosamente a un niño, a fin de aprender de él lo que es la educación; porque la educación, en su sentido más ámplio, abraza todos los pasos y procesos por medio de los que el infante se transforma gradualmente hasta llegar a ser hombre cabal e inteligente.

Observemos al infante. Posee un cuerpo humano completo, con ojos, manos, pies — todos los órganos de sentido, de acción, de locomoción — y sin embargo, yace desvalido en la cuna. Se ríe, llora, siente; tiene los atributos de los adultos, pero no sus poderes.

¿En que se diferencía este niño del hombre? Sencillamente, en que es un niño. Su cuerpo y sus miembros son pequeños, débiles, y sin que pueda usarlos voluntariamente. Sus pies no están ejercitados a caminar; sus manos no tienen habilidad; sus labios no pueden pronunciar las palabras. Sus ojos no se fijan, sus oidos no entienden. El mundo al cual ha venido le rodea, desconocido y misterioso.

Si observamos y estudiamos más, veremos que el niño no es más que un gérmen — todavia

no ha llegado al crecimiento a que está destinado — y es ignorante, esto es, sin ideas adquiridas.

Sobre estos dos hechos descansan las dos nociones de la educación: (1) el desarrollo de las capacidades, y (2) la adquisición de experiencia. La primera es la madurez del cuerpo y de la mente a su cabal desarrollo y poder; la segunda es el proceso por el cual se provee al niño con la herencia de la raza.

Cada uno de estos hechos — la no madurez del niño y su ignorancia — pueden servir como base para una ciencia de educación. El primero haría énfasis en las capacidades del sér humano, su orden de desarrollo y sus leyes de crecimiento y acción. El segundo envolvería un estudio de las diversas ramas del conocimiento humano, como se descubren, acrecientan y perfeccionan. Cada una de estas ciencias encerraria, necesariamente, a las otras, de la misma manera que el estudio de los poderes envolveria el conocimiento de sus resultados, y el estudio de los efectos trae consigo una revista de las causas.

Basados en estas dos formas de la ciencia de la educación, encontramos que el arte educativo es dual: el arte de preparar y el arte de enseñar.

Desde el momento en que el niño es inmaturo en el uso de todas sus capacidades, lo que debe hacerse primeramente en la educación es

preparar estas facultades hasta que lleguen a su completo desarrollo. Esta preparación puede ser física, mental o moral.

Desde el momento en que el niño es ignorante, el propósito de la educación es comunicarle la experiencia de la raza. Esta es propiamente la labor de la enseñanza. Considerada en esta forma, la escuela no es más que una de las agencias de la educación, puesto que continuamos adquiriendo experiencia a través de nuestras vidas. El primer objeto de la enseñanza es, pues, estimular en el discípulo el amor al estudio y formar en él hábitos e ideales de estudio independiente.

Estas dos cosas—el cultivo de las capacidades y la trasmisión de experiencia, forman reunidas el trabajo del maestro. Toda organización y gobierno son subsidiarios a este doble propósito. El resultado que ha de buscarse es que el niño llegue a ser un hombre completo, física, moral e intelectualmente, con todos los recursos que sean necesarios para hacer la vida útil y feliz, y que habiliten al individuo para ir aprendiendo de todas las actividades de la vida.

Estas dos grandes ramas del arte educativo — la preparación y la enseñanza — aunque aparecen separadas en idea, son inseparables en la práctica. Solamente podemos preparar por medio de la enseñanza, y enseñamos mejor cuando mejor preparamos. La verda-

dera preparación de las capacidades mentales se encuentra en la adquisición, elaboración y aplicación del conocimiento que representa la herencia de la raza.

Mas hay una ventaja práctica en retener ante la mente estos dos procesos de la educación. El maestro que los tenga presentes claramente, observará con mayor facilidad y estimará más inteligentemente el verdadero progreso de sus discípulos. No se contentará con ejercicios diarios que hagan trabajar a sus alumnos como si estuviesen en un molino, ni se sentirá satisfecho con llenar sus mentes de hechos y nombres inútiles. Tomará nota cuidadosa de ámbos aspectos de la educación de sus discípulos, y dirigirá sus labores y adaptará sus lecciones, sabia y habilmente, para asegurar el doble propósito que se desea.

La exposición de ámbos aspectos de la ciencia y arte de la educación nos lleva al lugar desde el cual podemos ver el propósito real de este pequeño volumen. Ese propósito se encuentra expresado en su título: "LAS SIETE LEYES DE LA ENSEÑANZA." Su objeto es presentar, en cierto orden sistemático, los principios del arte de la enseñanza. Trata de las capacidades mentales sólo en cuanto sea necesario considerarlas en una clara discusión del trabajo de adquirir experiencia en el proceso de la educación.

Asi como el trabajo que ha de realizarse en el aula es el de estudiar las diversas ramas del conocimiento, asi la obra de la enseñanza — la obra de asignar, explicar y oir lecciones — es la que principalmente ocupa el tiempo y la atención del maestro. El explicar las leyes de la enseñanza parecerá, por tanto, la manera más directa y práctica de instruir a los maestros en su arte. Ellas presentan a los maestros, de la manera más clara, sus deberes y los métodos por medio de los cuales pueden obtener éxito en sus labores. Aprendiendo las leyes de la enseñanza, el maestro conocerá facilmente la filosofia de la enseñanza.

Este pequeño volumen no alardea de presentar toda la ciencia de la educación, ni aun todo el arte de la enseñanza. Pero si tiene éxito en agrupar al rededor de los siete factores, los que se hallan presentes en cada acto de enseñanza, los principios y reglas principales de este arte, de manera que sean vistos en su orden y relaciones naturales, y que puedan metodicamente ser aprendidos y usados, ha satisfecho las aspiraciones del autor.

LAS SIETE LEYES DE LA ENSEÑANZA

CAPÍTULO I

LAS LEYES DE LA ENSEÑANZA

1. La enseñanza tiene sus leyes naturales, tan fijas como las leyes de las plantas o de los otros organismos que son susceptibles al crecimiento. Es un proceso en el cual se emplean poderes definidos que producen resultados también definidos; y esos resultados se producen tan regular y ciertamente como el dia sigue al aparecimiento del sol. Lo que el maestro hace lo hace por medio de agencias naturales que producen naturales resultados. El principio de causa y efecto es tan cierto — si no siempre tan obvio y facilmente comprendido — en la evolución de la mente como en la de la materia; y las leyes de la mente son tan fijas como las de la materia.

2. El descubrimiento de las leyes de cualquier proceso, sea ya de la mente o de la materia, hace posible que ese proceso esté bajo el dominio del que conoce las leyes y gobierna las condi-

ciones. El conocimiento de las leyes de la corriente eléctrica ha posibilitado el mandar mensajes a través de los oceanos; y el que se posesiona de las leyes de la enseñanza, puede llevar a las mentes de otras personas las experiencias de la raza humana. El que desea obtener buena cosecha tiene que obedecer las leyes de la naturaleza en lo que se refiere al crecimiento de la semilla, y el que quiera enseñar con éxito a la niñez, semejantemente ha de obedecer las leyes de la enseñanza. En ninguna parte, ni en el mundo de la mente, ni en el de la materia, puede el hombre obtener buenos resultados, a menos que emplee los medios de que dependen estos resultados.

3. La enseñanza, en su sentido más sencillo, es la comunicación de la experiencia. Esta experiencia puede consistir en hechos, verdades, doctrinas, ideas o ideales, o puede consistir en los procesos de pericia en un arte. Puede ser enseñada por el uso de palabras, por signos, con objetos, por acciones, o por ejemplos; pero cualquiera que sea la substancia, el método, o el propósito de la enseñanza, el acto en si, considerado substancialmente es siempre el mismo: una comunicación de la experiencia. Es pintar en la mente de otro la figura que uno tiene en su propia mente-preparar la mente y el pensamiento para la comprensión de alguna verdad que el maestro conoce y desea comunicar.

Mas adelante veremos que la palabra " comunicación " no se usa aqui en el sentido de hacer pasar algo que está en la mente de una persona a la mente de otra persona, sino en el sentido de ayudar a otro a reproducir la misma experiencia, haciéndola asi común a los dos.

Los Siete Factores

4. Para descubrir la ley de un fenómeno cualquiera, debemos someter ese fenómeno a un análisis científico y estudiar sus distintas partes. Si cualquiera acto completo de la enseñanza se sometiera a semejante análisis, se vería que contiene siete distintos elementos o factores: (1) dos factores personales — un maestro y un discípulo; (2) dos factores mentales — un idioma común o medio de comunicación, y una lección o verdad o arte que ser comunicado; (3) tres actos o procesos funcionales — el del maestro, el del discípulo y un proceso final para probar la enseñanza y afirmar el resultado.

5. Estos son elementos esenciales en todo acto completo de enseñanza. Consista la lección ya de un hecho sencillo que puede explicarse en tres minutos, ya de un discurso que dure muchas horas, los siete factores aparecerán en ella, si la obra es efectiva. Ninguno de ellos puede ser omitido, y no es necesario

aumentar su número. Si hay una verdadera ciencia de enseñanza, ésta ha de encontrarse en las leyes y relaciones de estos factores.

6. Para descubrir sus leyes, fijémosnos nuevamente en los siete factores de manera cuidadosa: (1) un maestro; (2) un discípulo; (3) un idioma común o medio de comunicación; (4) una lección o verdad; (5) la obra del maestro; (6) la obra del discípulo; (7) el trabajo de revista, que organiza, perfecciona, aplica y retiene la labor que ha sido realizada. Cada uno de estos siete factores se distingue de los otros por alguna característica esencial; cada uno es una entidad distinta, o hecho de la naturaleza. Desde el momento en que cada hecho de la naturaleza es el producto y prueba de alguna ley natural, cada elemento aqui descrito tiene su gran ley de función, y éstas, tomadas en conjunto, constituyen "LAS SIETE LEYES DE LA ENSEÑANZA"

7. Puede parecer trivial el insistir de tal manera sobre todo ésto. Alguien pudiera decir: " Por supuesto, no puede haber enseñanza sin un maestro y un discípulo, sin un idioma y una lección, y a menos que el maestro enseñe y el discipulo aprenda; o finalmente, sin una adecuada revista, si se quiere tener la seguridad de que la labor ha sido efectuada con éxito. Todo ésto es demasiado obvio para que sea necesario hacer hincapie en ello." También

es obvio que cuando las semillas, el terreno, el calor, la luz y jugosidad se reunen proporcionalmente, nacen las plantas y crecen hasta dar fruto; pero lo obvio de estos hechos no les priva de encerrar en sí las más profundas y misteriosas leyes naturales. De la misma manera, el acto más sencillo de enseñanza puede encerrar las leyes más potentes y significativas de la vida mental.

Las Leyes Presentadas

8. Estas leyes no son obscuras y dificiles de comprender; son tan sencillas y naturales que nacen casi espontáneamente en el observador cuidadoso. Ellas se encuentran encerradas en las descripciones más simples que puedan darse de los siete elementos ya mencionados, como sucede en las siguientes:

(1) *Maestro* es el que CONOCE la lección, o verdad, o arte que ha de enseñar.

(2) *Discípulo* es el que ATIENDE con interés a la lección.

(3) El *idioma* usado como MEDIO de comunicación entre el maestro y el discípulo debe ser COMUN a entreambos.

(4) La *lección* que ha de enseñarse debe ser explicada en términos ya conocidos del discípulo — lo INCOGNOCIDO debe ser explicado por lo CONOCIDO.

(5) La *enseñanza* es el DESPERTAMIENTO y USO de la mente del alumno para que pueda posesionarse del pensamiento que se desea que adquiera, o del arte que se quiere que aprenda.

(6) *Aprender* es atesorar en la mente por medio del propio PENSAMIENTO, una nueva idea o verdad, o llevar al HABITO un nuevo arte o profesión.

(7) La *prueba* de la enseñanza que se ha dado — el proceso final que la asegura — debe ser la REVISTA, el RECONOCIMIENTO, la REPRODUCCION, la APLICACION del material que se ha enseñado, los conocimientos o ideales y artes que se han comunicado.

Las Leyes Presentadas Como Reglas

9. Estas definiciones y exposiciones pueden ser tan sencillas y obvias que no necesiten argumentación o prueba; pero su poder como leyes fundamentales puede ser comprendido más facilmente si son presentadas como reglas para la enseñanza. Dirigiéndolas a los maestros, pueden expresarse en la signiente forma: —

I. Conoce completa y familiarmente la lección que has de enseñar — enseña de una mente llena y una completa comprensión del asunto.

II. Gana y reten la atención y el interés de los alumnos sobre la lección. No trates de enseñar sin antes obtener la atención.

III. Usa palabras que sean comprendidas por los alumnos en el mismo sentido en que las usas — lenguage que sea claro y vívido para ámbos.

IV. Comienza con lo que ya es bien conocido a los alumnos sobre el asunto que se trata y sobre lo que ya ha experimentado, y enseña la nueva materia en pasos graduales, sencillos, fáciles, naturales, haciendo por que lo conocido enseñe lo desconocido.

V. Estimula la mente del niño a la acción. Haz porque sus pensamientos vayan siempre delante de su expresión, colocándole en la actitud de un descubridor.

VI. Trata de que el alumno reproduzca *in mente* la lección que esta aprendiendo — que piense en sus varias fases y aplicaciones, hasta que pueda expresarla en su propio lenguage.

VII. Revista, *Revista,* REVISTA, reproduciendo lo antiguo, haciendo más profunda la impresión con nuevas ideas, eslabonándolo con los nuevos significados, encontrando nuevas aplicaciones, corrigiendo las falsas concepciones y completando las verdaderas.

Indispensables a la buena Enseñanza

10. Estas reglas y las leyes sobre que están basadas, sostienen y gobiernan toda buena enseñanza. Si son consideradas en su sentido más ámplio, no es necesario agregarles o quitarles

nada. Nadie que las conozca y use ha de temer el fracaso, si también poseé las cualidades que le habilitan para mantener propiamente el buen orden que es necesario para darles un curso libre y no interrumpido. El desorden, el ruido y la confusión pueden impedir la obtención de los resultados apetecidos, de la misma manera que la confusión de elementos químicos impiden la formación de los compuestos que, de otra manera y de acuerdo con las leyes de la química, se formarian. Pero la buena enseñanza, en sí, amenudo produce el buen orden.

11. Como todas las leyes naturales, estas leyes de la enseñanza parecen claras y obvias; pero, como otras verdades fundamentales, su sencillez es más aparente que real. Cada ley varía en su aplicación a las distintas mentes y personas, aunque permanece la misma en sí; y cada una está en relación con otras leyes, hasta que llegue a los más extensos límites en el arte de la enseñanza. En los siguientes capítulos haremos un cuidadoso estudio de estas siete leyes, adquiriendo en nuestra discusión muchos y valiosos principios con respecto a la educación y muchos y prácticas reglas que pueden ser usadas con eficacia en la obra del maestro.

12. Estas reglas y leyes son aplicables a la enseñanza de cualquier asunto, en cualquier

grado, desde el momento en que son las condiciones fundamentales por medio de las cuales una idea puede pasar de una mente a otra. Son tan válidas y útiles para el catedrático de una universidad como para el maestro de una escuela elemental, y para la enseñanza de una ley en lógica como para la instrucción de aritmética.

13. Habrá quizás maestros eficientes que jamás han oido hablar de estas leyes y que no las obedecen conscientemente; asi como hay personas que caminan seguramente sin conocimiento de las leyes de gravitación, o que hablan inteligentemente sin conocimientos de gramática. Como el músico que toca "de oidos," estos maestros naturales han aprendido con la práctica las leyes de la enseñanza y las obedecen por hábito. Pero por esto no deja de ser verdad que su éxito lo obtienen por su obediencia a la ley y no en menosprecio de ella.

Habilidad y Entusiasmo

14. Nadie debe temer que el estudio de las leyes de la enseñanza tiendan a hacer que una labor fria, mecánica, venga a sustituir la calurosa y entusiasta enseñanza, que tanto es de desear y que tan admirada y encomiada es. La habilidad verdadera enciende y aviva el entusiasmo, dándole el éxito donde, de otra manera,

obtendria la derrota. El verdadero amor que el obrero siente por su obra crece con su habilidad en hacerla bien. El entusiasmo producirá infinitos mejores resultados cuando es guiado por la habilidad.

15. Algunos superintendentes y escuelas, amenudo prefieren, irreflexivamente, los maestros entusiastas a los que simplemente están bien educados y tienen experiencia, creyendo, no sin razón, que el entusiasmo dará más resultado, aunque esté desposeido de conocimiento y habilidad, que el mejor preparado y erudito maestro que carezca de celo. Pero, ¿Por qué hemos de elegir al maestro entusiasta, aunque ignorante, o al perezoso educado? El entusiasmo no se eucuentra confinado a los inhábiles e ignorantes, ni son holgazanes todos los hombres calmosos. Hay entusiasmos nacidos de la habilidad — el placer de hacer lo que uno sabe hacer — que es más efectivo, donde se trata de un arte, que el entusiasmo que nace del sentimiento. El lento pero continuo avance de los veteranos es más poderoso que el ímpetu alocado de los reclutas. La mejor obra del mundo, tanto en las escuelas como en los talleres, es realizada por el calmoso, continuo, persistente esfuerzo de obreros hábiles que saben conservar en condiciones sus herramientas y se esfuerzan por llegar al blanco que se han propuesto.

16. La más seria objección a la enseñanza sistemática, basada en las leyes de la enseñanza, ha venido algunas veces de los pastores y maestros de las Escuelas Dominicales, los que han alegado que el objeto principal de la Escuela Dominical es hacer impresión más bien que instruir; y que la hábil enseñanza, de ser deseable, es mucho menos importante que los calurosos llamamientos en el momento oportuno. Pero, ¿Cuáles exhortaciones tienen en sí poder permanente, sino las que van precedidas de claras verdades? Si ha de elegirse entre el maestro entusiasta que hace extremosos llamamientos y el frio y falto de celo que ahoga el sentimiento con su indiferencia, el primero quizás debe ser preferido. Mas, ¿Por qué hemos de elegir entre estas dos clases? ¿No existe un saludable término medio entre el vapor y el hielo para el agua de la vida? El maestro cuya mente resplandece con la verdad y que hábilmente guia a sus discípulos al claro entendimiento de esta misma verdad, no carecerá seguramente de poder inspirador.

17. Estos asuntos pueden dejarse a que de por sí den sus inevitables respuestas. Habrán llenado su propósito si repelen la disposición que hay a desacreditar la necesidad de verdadera enseñanza en las Escuelas Dominicales, tanto como en las escuelas públicas; y si convencen a los directores en las Escuelas Dominicales de que

las leyes de la enseñanza son las leyes de la mente, las que han de ser obedecidas tan fielmente al estudiar la Palabra de Dios como al estudiar sus obras.

Una Palabra a los Maestros

18. Dejando para otros capítulos la completa discusión de la significación y filosofia de estas siete leyes, incitamos a los maestros, especialmente a los maestros de la Escuela Dominical a que les den su más seria atención. Al enfrentaros con vuestros discípulos, ¿Cuántas veces habeis deseado tener el poder de leeren sus mentes y plantar en ellas, con mano segura, alguna verdad científica o alguna doctrina del Evangelio? Ninguna llave os abrirá jamás las puertas de esas mansiones en que habita el alma de vuestros discípulos; ninguna lente os facilitará el poder penetrar en su misteriosa oscuridad. Pero en las grandes leyes de vuestra propia naturaleza existen las lineas de comunicación por las que podeis enviar el pensamiento de vuestra mente a otra mente, avivándola a la vez para que lo reciba y guarde.

19. Al discutir estas siete leyes, necesariamente ocurrirán aparentes repeticiones. Estas leyes son semejantes a siete cumbres de diferentes alturas, que se hallan esparcidas en un mismo territorio; a medida que subimos a

cada una, en sucesión, muchos puntos de la campiña, vistos desde la altura, aparecerán con diferentes paisajes, siempre con nueva luz, con horizonte nuevo. Cada nueva agrupación de estas leyes presentan nuevas relaciones y traen a luz, para el estudiante cuidadoso, nuevos aspectos y usos. Las mismas repeticiones no serán inútiles, porque servirán para hacer mayor énfasis en los aspectos más importantes del arte de la enseñanza, y grabarán más profundamente en la mente del maestro estos principios que requieren una atención frecuente.

Capítulo II

LA LEY DEL MAESTRO

1. El reino universal de la ley es la verdad central de la ciencia moderna. Toda fuerza existente en el hombre o en la naturaleza, obra bajo el dominio de alguna ley; todo efecto de la mente o la materia es producido en conformidad con alguna ley. La más sencilla noción de la ley natural es, que la naturaleza es siempre uniforme en sus fuerzas y operaciones. Las causas producen efectos, y los efectos obedecen sus causas, por leyes irresistibles. Las cosas son lo que son por causa de las leyes de su ser, y el aprender la ley de cualquier hecho es aprender la verdad más fundamental con respecto a él. Esta uniformidad de la naturaleza es la base de toda ciencia y de todo arte práctico. Tanto en la mente como en la materia, el reino de leyes invariables es la condición primordial para toda ciencia verdadera. La mente tiene libertad dentro de sus leyes, pero no la tiene para producir efectos contrarios a esas leyes. El maestro, por lo tanto, está sujeto a leyes tanto como la brillante estrella o el barco que navega.

Son muchas las condiciones que se reconocen como importantes para el trabajo de maestro; y si todos los requisitos que se desean fueran poseidos, él maestro seria un modelo, una perfecta reunión de excelencias imposibles de reunir. Un buen caracter y excelentes cualidades morales son muy deseables en el instructor de la niñez, si no tanto para su obra, por lo menos para evitar el perjuicio que pueden ocasionar con su ejemplo. Pero si una por una vamos quitando de nuestro catálogo de condiciones deseables para la labor de la enseñanza las que no son absolutamente indispensables, nos veremos obligados a retener al fin, como necesaria a la mera noción de la enseñanza, el conocimiento de la materia que ha de enseñarse.

La Ley del Maestro — la que lo describe y le pone límites — es pues:

El maestro debe conocer lo que ha de ensenar.

Filosofia de la Ley

2. Que no podemos enseñar sin conocimiento de lo que enseñamos, parece demasiado sencillo para que haya necesidad de probarlo. ¿Cómo puede la nada producir algo, o la obscuridad dar luz? La afirmación de esta ley parece talmente una perogrullada; pero un estudio más profundo demostrará que es

una verdad fundamental — la ley del maestro. Ninguna otra condición es tan fundamental y esencial. Si se invierten los términos de esta ley se revela otra verdad importante: *Lo que el maestro conoce, eso debe enseñar.*

3. La palabra CONOCER ocupa un lugar central en la ley del maestro. El conocimiento es el material con que trabaja el maestro, y la primera razón en pro de la ley del maestro debe buscarse en el conocimiento. Lo que los hombres llaman conocimiento tiene muchos grados, desde el primer vislumbre de la verdad hasta su más completa comprensión. En diferentes estados de la vida la experiencia de la raza, según la adquirimos, está caracterizada por: (1) un pobre conocimiento; (2) la habilidad de recordar voluntariamente para sí mismos, o de descubrir a otros, en forma general, lo que hemos aprendido; (3) el poder de explicar, probar, ilustrar y aplicar nuestros conocimientos; y (4) un conocimiento tal y una apreciación de la verdad, en su significado más profundo y más ámplias relaciones, que por el mismo poder de su importancia, ceñimos nuestros actos a ella — nuestra conducta es modificada por esa verdad. La historia lo es solamente para el que la lee y conoce de esta manera. Esta última clase de conocimiento, o experiencia, es la que ha de entrar en la ley del maestro verdadero.

4. No afirmamos que el que no posea este conocimiento no puede enseñar; ni tampoco resulta cierto que el que conozca la materia, necesariamente ha de enseñar con éxito. Pero el imperfecto conocimiento ha de reflejarse en una enseñanza imperfecta. Un hombre no puede enseñar con eficiencia lo que no conoce. Pero la ley del maestro es sólo una de las leyes de la enseñanza, y el fracaso puede ser el resultado de la violación de otras leyes tanto como del descuido de ésta. De la misma manera, puede obtenerse el éxito por la obediencia a otras leyes. Sin embargo, la enseñanza ha de ser incierta y débil cuando está caracterizada por un conocimiento inadecuado de la materia que se ha de enseñar.

5. Una verdad es conocida por sus semejanzas, pudiendo ser conocida, de manera más perfecta, a la luz de otras verdades. En vez de enseñar al discípulo un hecho aisladamente, debe enseñársele en relación con todo el cuerpo de verdad. En los hechos más familiares, cuando son considerados vívidamente, y en los conceptos claramente comprendidos, se descubren grandes principios. El poder de ilustración — una de las herramientas más útiles en el arte del maestro — se obtiene unicamente del conocimiento claro y familiar de un asunto. El maestro que no conoce lo que ha de enseñar es semejante al ciego que guia a otro ciego,

con una lámpara vacia en la mano, para alumbrar el camino.

6. Consideremos las lecciones sencillas que se enseñan en la geografia de las escuelas — la redondez de la tierra, la extensión de los oceanos y continentes, las montañas y los rios, las cindades y estados poblados de séres humanos — ¡qué insubstancial y poco importante resultan para el maestro medianamente ilustrado y sus discípulos! Pero, ¡Cuán inspiradoras resultan para los Herschels, los Danas y los Guyots! En esas sencillas lecciones ellos ven las causas que, a través de las edades, han venido a dar forma al globo; para ellos la geografia es un capítulo de la ciencia e historia del mundo. Lo mismo sucede con las verdades bíblicas: tienen muy poca significación para el lector indiferente y el maestro poco estudioso, pero son verdades brillantes, ricas en significados para los que hacen su estudio poseyendo la luz que da el conocimïento de la historia, y de la ciencia, en realidad, todas las formas de la experiencia.

7. Pero la ley del maestro va más allá todavia. La verdad ha de ser claramente comprendida antes de que pueda ser vívidamente sentida. Sólo los estudiantes verdaderos de cualquier ciencia sienten entusiasmo en su estudio. La limpidez de su visión es la que inspira al poeta y al orador y los hace maestros de su raza.

Fué el ojo de Hugh Muller, el geólogo, el que descifró, y su pluma la que escribió, "El Testimonio de las Rocas." Kepler, el gran astrónomo, creció en entusiasmo, hasta casi volverse loco, a medida que iba descubriendo el misterio de las estrellas; y Agassiz no podia distraer su tiempo y pronunciar conferencias, por las que le pagaban grandes cantidades, mientras estaba absorto en el estudio de los peces de un mundo antiguo. El maestro que sólo conoce a medias la materia que ha de enseñar, será un maestro frio y falto de vida; pero el que esté inflamado por el entusiasmo, inconscientemente imspirará a sus alumnos con su interés.

8. Este sincero sentir de las verdades claramente concebidas es el secreto del entusiasmo que tanto se admira y alaba en el maestro y el predicador. Las verdades más comumes se transforman para esta clase de maestros: la historia se convierte para ellos en un vivo panorama; la geografia se dilata hasta convertirse en grandes extensiones continentales de naciones pobladas; la astronomia se transforma en la marcha continua de mundos y sistemas de mundos. ¿Cómo pueden dejar de ser hábiles e inspiradores los modales de un maestro, cuando el asunto que enseña es tan rico en radiante realidad?

9. El conocimiento adquirido de esa manera

profunda y familiar, a la vez que lleva los poderes del maestro a la acción más elevada, le da también el dominio de esos poderes. En lugar de sentirse obligado a usar su libro de texto, el maestro que conoce bien la lección que ha de enseñar, no tiene dificultad alguna en su enseñanza y puede observar facilmente los esfuerzos que hace su clase para aprender, y podrá dirigir sus pensamientos. Con el conocimiento de lo que enseña, está en condiciones de reconocer e interpretar los primeros vislumbres que de la verdad recibe la clase; podrá remover los obstáculos del camino de sus discípulos, asi como ayudarlos y alentarlos.

10. El conocimiento evidente del maestro sirve para dar la confianza necesaria al discípulo. Seguimos con alegria y expectación al guia que tiene profundo conocimiento de los lugares que hemos de visitar; pero le seguimos sin interés y de mala gana si es ignorante e incompetente. Los niños no gustan de ser enseñados por personas en quienes no tienen confianza. Y no es ésto todo. Los grandes sabios — los Newtons, los Humboldts, los Huxleys — inflaman el interés público con respecto a las ciencias en que ellos trabajan; y de la misma manera el maestro bien preparado despierta en sus discípulos el deseo de estudiar más. En algunos casos infortunados el gran conocimiento no va acompañado de la habilidad

necesaria para inspirar a los alumnos en el amor al estudio, y esto resulta fatal para la buena enseñanza, especialmente cuando se trata de alumnos pequeños. Es preferible un maestro con poco conocimiento pero con el poder para estimular a sus alumnos, que un Agassiz sin ese poder.

11. Tal es la filosofia de esta primera gran ley de la enseñanza. Asi comprendida, representa claramente el espléndido ideal que nadie ha realizado jamás escepto el Gran Maestro, pero al cual debe acercarse todo maestro verdadero. Ella define correctamente los poderes con que el buen maestro ha de ir a su trabajo. Desde la madre que enseña a su pequeñuelo, hasta el maestro de la ciencia más abstracta, el orador que se dirije al senado o el predicador que enseña a grandes congregaciones, esta ley no admite escepciones ni violaciones. En todas partes afirma: "*el maestro debe conocer lo que ha de enseñar.*"

Reglas para los Maestros

12. De todas las reglas que pueden sacarse de la ley del maestro, las siguientes son las más importantes:

(1) Cada lección debe prepararse por medio de nuevo estudio. El conocimiento adquirido un año atrás tiene necesariamente que haber

perdido algo. Solamente las nuevas concepciones nos llevan a realizar nuestros mejores esfuerzos.

(2) Debe buscarse en cada lección las analogias que tienen con hechos y principios más familiares. En estos hechos y principios se encuentran las ilustraciones por medio de las que ha de enseñarse la nueva lección.

(3) Estúdiese la lección hasta que tome forma en el lenguage familiar. El producto final del claro pensamiento es el lenguage claro.

(4) Búsquese el orden natural en las distintas partes de la lección. En toda ciencia existe el paso natural de las nociones más sencillas a los hechos más profundos, y lo mismo sucede con toda lección.

(5) Búsquese la relación que hay entre la lección que se estudia y la vida de los discípulos. El valor práctico de la lección se encuentra en estas relaciones.

(6) Deben usarse libremente todas las ayudas que sean legítimas, y no descansar hasta que se obtenga una clara y real comprensión de la lección.

(7) Téngase presente que el dominar completamente unas pocas cosas es mejor que el conocimiento superficial de muchas.

(8) Elíjase un momento definido para el estudio de cada lección. Todo ayuda al deber que se cumple en el momento oportuno. El

que continúa aprendiendo la lección que ha estudiado anteriormente, obtiene nuevo interés y nuevas ilustraciones.

(9) Obsérvese un plan de estudio, y no se tenga temor de estudiar, cuando sea necesario, más allá de ese plan. El mejor plan mnemotécnico es hacer y responder estas preguntas acerca de la lección: ¿Qué? ¿Cómo? ¿Por qué?

(10) Obténgase la ayuda de buenos libros sobre el asunto de la lección. De cualquier manera, sea comprando los libros o pidiéndolos prestado, debe obtenerse la ayuda de los mejores pensadores, la ayuda necesaria por lo menos para estimular el propio pensamiento; pero no lea sin pensar en lo que lee. Si es posible, discútase la lección con algún amigo inteligente: de la discusión nace la luz algunas veces. Si no se puede obtener estas clases de ayudas, escriba su manera de pensar sobre la lección; el expresar los pensamientos por escrito puede contribuir a quitar de ellos las obscuridades.

Violaciones y Equivocaciones

13. Esta discusión seria incompleta si no hiciéramos mención de las frecuentes violaciones que se hacen de esta ley. El mejor maestro puede echar a perder su más cuidadoso y sincero trabajo por medio de equivocaciones impen-

sadas. El verdadero maestro cometerá los menos errores posibles, y los que cometa le ayudarán a ser más cuidadoso en lo sucesivo.

(1) La misma ignorancia de sus discípulos puede tentar al maestro a descuidar el estudio y la debida preparación. Puede llegar a pensar que en cualquier momento él sabrá más acerca de la lección que sus discípulos, y que en cualquier momento encontrará algo que decir sobre la lección, sin que sea notada su ignorancia. Esta es una triste equivocación que amenudo cuesta muy caro. Es casi seguro que el engaño será descubierto al fin y desde el momento en que esto suceda, el maestro habrá perdido toda su influencia sobre la clase.

(2) Algunos maestros creen que son los discípulos, y no ellos, los que tienen que estudiar la lección; y que con la ayuda del libro que tienen en la mano podrán facilmente saber si los alumnos han estudiado o no. Es preferible que el alumno que conozca la lección examine a los otros, a desalentar a los discípulos en su estudio, por la indiferencia y falta de preparación del maestro. La enseñanza no consiste meramente en " oir las lecciones."

(3) Otros maestros examínan rapidamente el contenido de la lección y dan por sentado que, aunque no la han aprendido completamente y quizás ni una parte de ella, saben bastante para llenar el tiempo, pudiendo, si

es necesario, suplementar lo poco que saben con cuentos y conversaciones desatinadas. O también, no teniendo el tiempo o el deseo de prepararse, abandonan toda idea de la enseñanza, ocupan el tiempo con los ejercicios que se les ocurra y esperan que, como la escuela es una buena cosa de por sí, los discípulos recibirán algún beneficio con la mera asistencia.

(4) Una falta más grave es la que cometen aquellos que, no encontrando estímulo en la lección, hacen de ella el fundamento en que basar sus propias ideas y opiniones.

(5) Hay otro mal también grave que cometen aquellos maestros que desean esconder su crasa ignorancia tras una pomposa pretensión de sabiduria, escudando asi su falta de conocimiento con frases retumbantes que no pueden ser comprendidas por sus discípulos; diciendo solemnes vulgaridades en tono de sabio, o queriendo demostrar que han hecho un buen estudio y que están profundamente informados, pero que carecen del tiempo necesario para presentarles este conocimiento. ¿Quién no ha visto que se practican estos engaños con los discípulos?

De esta manera, muchos maestros van a realizar su labor, o bien parcialmente preparados, o sin preparación alguna; estos maestros son como mensajeros sin mensaje. Carecen en absoluto del entusiasmo y el poder

necesarios para producir los frutos que tenemos derecho a esperar de sus trabajos. Nuestras escuelas crecerán en número y utilidad cuando esta primera ley de la enseñanza sea completamente obedecida.

Capítulo III

LA LEY DEL DISCÍPULO

1. Pasando ahora del maestro al alumno, nuestro siguiente estudio será: *La Ley del Discípulo.* En esta relación estudiaremos las características que diferencían al alumno de otras personas, los elementos esenciales que le hacen un discípulo. Pongámosnos ante un buen estudiante y notemos sus acciones y cualidades. Su mirar atento y sus mismas acciones son signos de su interés y atención. El interés y la atención caracterizan el estado mental del verdadero estudiante, y constituyen la base esencial en que ha de descansar el proceso de la enseñanza. La ley del discípulo, por lo tanto, puede ser enunciada de la siguiente manera:

El discípulo debe atender con interés a la materia que ha de aprender.

2. La ley asi presentada puede parecer una perogrullada, mas ella es tan realmente profunda como parece sencilla. La mayor prueba de su verdad es la prontitud con que todos la aceptan. Su significación real puede verse por medio de un estudio cuidadoso.

La Atención Descrita

3. Atender a una cosa es dirigir la mente a ella. Esa cosa u objeto puede ser externa, como cuando miramos el funcionamiento de una máquina u oimos intensamente a una pieza musical; o puede ser interno, mental, como cuando recordamos alguna experiencia del pasado, o reflexionamos en el significado de alguna idea. Los psicólogos definen esta operación de la mente como el acto de traer un objeto al "foco" de la conciencia. Asi, se cree que la conciencia tiene un "foco" y un "margen." El "foco" es ocupado con el conocimiento del objeto a que se atiende, el "margen" por las sensaciones y sentimientos que permanecen todavia en el radio de la conciencia, pero que son vagos, indistintos y no claramente definidos.

La atención, pues, no es una condición constante e invariable. Cuando hablamos de atención "concentrada" o "absorta," queremos significar que el objeto a que atendemos está ocupando toda nuestra conciencia. Pero se puede atender con varios grados de concentración. Una persona puede dejar que su mente vuele de un objeto a otro, obedeciendo a cada nuevo estímulo, por un momento, hasta que otra cosa obtiene y retiene nuestra atención; o puede ésta fijarse resueltamente en

un objeto específico y darse cuenta de que hay otros objetos que llaman nuestra atención en otras direcciones; o puede estar tan completamente absorta en un objeto que todas las otras cosas practicamente no existan para él en cuanto a la conciencia se refiere.

Hay, por lo tanto, tres clases de atenciones, cada una de las cuales tiene su importancia desde el punto de vista de la enseñanza.

(a) La atención generalmente llamada "pasiva" porque no encierra el esfuerzo de la voluntad. En ella sólo se obedece el mandato del estímulo mayor; estamos en estado de atención "pasiva" porque dejamos que las fuerzas que nos rodean dominen la vida mental. Esta clase de atención es la primitiva, instintiva, básica — la atención que todos tienen en ciertos momentos durante el dia, especialmente cuando sentimos cansancio o estamos en disposición juguetona; pero especialmente es la atención de los niños.

(b) Pero la característica esencial de la mente humana es que ella puede dominar mas bien que ser dominada, por las fuerzas que la rodean. Puede elevarse sobre su medio inmediato y mirar más allá del presente, al futuro. Puede aun atender a objetos distantes que naturalmente atraen su atención, y fijarse persistente y resueltamente en deberes y ocupaciones que no son inmediatamente atractivos,

pero que ella reconoce como importantes y necesarios. Puede retener la fantasia momentanea y trabajar con persistencia y resolución para obtener un propósito remoto. Esta clase de atención distintamente humana se llama "activa," porque su primera condición es un esfuerzo de la voluntad, la determinación a hacer lo que debe hacerse, a pesar de los alicientes que se tengan para hacer otra cosa que nos es más agradable y atrayente.

(c) Pero esta atención activa no es siempre la mís económica de energias ni la más efectiva para aprender. Hablando generalmente, aprendemos más fácil y económicamente cuando estamos " absortos " en nuestros estudios, cuando los objetos o ideas que estamos arreglando en nuestra mente a fin de recordarlos permanentemente, nos atraen con su propia luz, por asi decirlo — cuando nuestro aprendizaje es tan fascinador que " nos arrastra tras sí." Esta clase de atención generalmente nace del esfuerzo persistente — de lo que acabamos de llamar atención " activa." Se parece a la " pasiva " en que su objeto es siempre atractivo en sí y requiere poco o ningún esfuerzo para entrar en el foco de la conciencia; pero también nace de la atención " activa," del esfuerzo y la persistencia. Esta tercer clase de atención se llama, consecuentemente, " secundaria pasiva."

Es obvio que la atención de la clase " secundaria pasiva " es, desde el punto de vista del alumno, la que más debe cultivarse. Ella significa economia en el aprendizaje, aprendizaje agradable y efectivo. Pero el veredicto de la experiencia humana es que estas muy deseables condiciones no se cumplen facilmente — si lo fueran, en realidad habria muy poca necesidad de maestros o escuelas. Parece ser cierto, generalmente, que estos " intereses " sostenidos y permanentes se obtienen solamente por un precio — por el esfuerzo tenaz. No podemos presentar ésto como regla invariable, porque sin duda hay " intereses " valiosos que nos atraen con poco esfuerzo por nuestra parte. Ello es posible, pero también lo es que el barco abandonado a merced de todo viento llegue a puerto seguro. La experiencia humana, durante las edades pasadas ha enseñado que el esfuerzo, el sacrificio y la persistencia son los principales componentes del éxito, éxito tanto en el aprendizaje como en el comercio, en el arte como en el invento y la industria. El hombre que sencillamente obtiene el éxito en cualquier ramo de la actividad humana, sin esfuerzo alguno por su parte, es tan raro como que un barco, sin dirección ni gobierno, se introduzca en puerto seguro; en realidad, los que saben, y saben bien, han adquirido este saber al precio del trabajo mental, del esfuerzo

mental — y este trabajo y esfuerzo mentales son, sencillamente, dos palabras para expresar la atención activa.

Seria una tonteria, sin embargo, que el maestro interpretara esta necesidad de esfuerzo por parte del alumno, como significativa de que el arte de la enseñanza consiste meramente en asignar trabajos a los discípulos y obligarlos a realizar estos trabajos; porque también está probado que la clase de esfuerzos que proviene del incentivo del temor es casi seguro que no desarrollará estos intereses permanentemente. Millares, si no millones, de alumnos que han sido sometidos a este tratamiento, nunca han rebasado el estado de atención activa; es más, han sentido una completa aversión por aquello que se les ha querido hacer aprender. El deber del maestro, esencialmente, no es el de señalar tareas, sino mas bien servir de consejero y guia. Su propósito debe ser desarrollar la atención "secundaria pasiva." La mejor manera de conseguir ésto es haciendo que los estados de progreso sean graduales, en forma tal que a la vez que el discípulo tiene que hacer esfuerzos para alcanzar un nuevo paso en la lección o serie de lecciones, el alcanzar este progreso le demuestre que vale la pena hacer el esfuerzo.

Las teorias modernas hacen énfasis en la importancia de los "problemas," en cuanto

a asegurar esta serie de esfuerzos, y que hay mucho que recomendar en este plan. La teoria es que, si se puede interesar al discípulo en resolver un problema, hará los esfuerzos necesarios para adquirir el conocimiento que se necesita para la solución de él. De esta manera, si el conocimiento que se desea enseñar puede ser organizado en forma tal, con referencia a estos problemas, este conocimiento, según se dice, se introducirá por sí mismo.

Como ejemplo de este método de enseñanza por medio de "problemas," según se emplea en la obra de la Escuela Dominical, se puede tomar el asunto general de la geografia de la Palestina. El método tradicional de enseñanza consideraria este asunto como un *todo informativo.* La Palestina seria localizada con referencia a su lugar en el globo y con respecto a los paises adyacentes; se describirian sus rasgos naturales — sus montañas, planicies, mares y rios; se haria referencia a su clima, explicándolo por sus varios factores de latitud, altitud, vientos predominantes, variedad de masas de aguas, desiertos, etc.; y en conclusión, se considerarian sus productos y habitantes. Pero el método de los "problemas" procederia de otra manera. Pudiera tratarse de interesar a los alumnos en un viaje imaginario por la Palestina. Cómo llegarian alli, cómo vivirian y viajarian durante su estancia en ese pais;

cómo viven, trabajan y se visten los naturales—todos estos problemas y otros muchos que les son subordinados, crearian lo que pudiéramos llamar " la demanda natural " de la información que, por el método antiguo, seria presentada sistemáticamente y en forma algo abstracta.

El método de los " problemas " tiene un lugar importante en la enseñanza, pero es claro que no puede reemplazar completamente el estudio sistemático y progresivo. Su valor está principalmente en que crea una impulsión inicial hacia el estudio. El método debe ser usado también como una variación estimulante, para quebrar la monotonia de un procedimiento demasiado lógico y abstracto. La mayoria de los niños, cuando hayan comenzado a estudiar, estarán en condiciones y tendrán deseos de trabajar sistemáticamente. Todo depende de la habilidad con que el maestro vaya de un paso a otro, eslabonando el nuevo con el antiguo y edificando gradualmente un todo compuesto de partes bien preparadas.

La Filosofia de la Ley

4. No obstante todo lo que los maestros puedan descuidar esta ley en la práctica, ellos admiten francamente que sin prestar atención los discípulos no pueden aprender. Es lo mismo hablar a los sordos o a los muertos que tratar de enseñar a un niño que no presta

atención. Todo esto puede parecer demasiado obvio para necesitar discusión, pero un buen estudio de los hechos en que se fundamenta esta ley demostrará su poder y autorídad.

5. El conocimiento no puede trasladarse, como si fuera substancia material, de una mente a otra, porque los pensamientos no son objetos tangibles. Las ideas sólo pueden comunicarse introduciendo en la mente receptora procesos correspondientes a aquellos por medio de los que las ideas fueron concebidas primeramente. Las ideas deben ser pensadas de nuevo, las experiencias nuevamente experimentadas. Es obvio, por tanto, que resulta necesario algo más que una mera presentación del asunto: el discípulo ha de pensar. Ha de trabajar con un propósito definido — en otras palabras, con atención. No es suficiente mirar y oir. Si la mente está sólo medio despierta, las concepciones que haga serán débiles y fragmentarias — tan inadecuadas e inútiles como inestables. El maestro y el texto pueden dar una gran información, pero el alumno solamente obtendrá el conocimiento que su poder de atención le permita modelar en su mente.

6. La noción de que la mente es unicamente un receptáculo donde se almacenan las ideas de otros personas, es completamente errónea. La naturleza de la mente, hasta donde la

comprendemos, es la de un poder o fuerza movida por grandes móviles. El sonido del reloj puede repercutir en el oido y el objeto representar una imagen a la vista, pero la mente inatenta ni oye ni ve. ¡Cuántas veces leemos páginas enteras sin recojer una sola de las ideas contenidas en ellas! Esto ha sucedido porque, aun cuando los sentidos han desempeñado sus funciones, la mente estaba ocupada en otros pensamientos.

7. Este vigor de acción mental, como el de la acción muscular, es proporcional al estímulo que lo inspira. La mente del discípulo puede no responder al llamamiento del maestro, ni a un frio sentimiento del deber. Solamente cuando efectuamos nuestro trabajo " con voluntad " — es decir, con interés — trabajamos con la mayor efectividad. Los poderes inseparables de reserva se presentan cuando la atracción que sentimos es suficientemente fuerte. A medida que crece nuestro interés, crece nuestra atención y en proparción obtenemos frutos.

Manantiales del Interés

8. Los manantiales del interés que nos llevaa a la atención, son muchos. Cada órgano de sentido es una puerta a la mente del niño. Los infantes son atraidos por un pedazo de cinta brillante, y cesarán de llorar para mirar a un objeto extraño que se mece ante sus ojos.

El movimiento de la mano del orador, su sonrisa o gesto apasionado, asi como las diversas entonaciones de su voz, hacen ameundo más para atraer la atención de su auditorio, que el significado y profundidad de su discurso. La mente atiende a lo que hace un poderoso llamamiento a los sentidos.

9. El maestro quizá no tenga las oportunidades del orador para la gesticulación y el uso llamativo de la voz; pero, anuque dentro de limites más estrechos, tiene también oportunidades para hacer un buen uso de la voz, del rostro y de la mano. Una parada repentina en la explicación de la lección, teniendo en alto la mano, hará que los alumnos escuchen y presten atención. El uso de una lámina, o cualquier otro material ilustrado, atraerá la atención del descuidado y despertará la del más apático. El bajar o subir la voz despertará también la atención. Y todos estos medios son de valor.

Pero téngase presente que los mencionados son simplemente algunos de los medios que deben emplearse cuando resulte necesario. El esfuerzo del maestro debe tender en todo tiempo a que la presentación del asunto resulte tan interesante que reclame por sí la atención de los discípulos. Enséñese a los alumnos a concentrarse; entonces pasarán del estado de *atención activa* al estado efectivo de *atención*

secundaria pasiva. Debe apelarse a los estímulos artificiales sólo como último recurso para obtener la atención.

10. Puede encontrarse una fuente de genuino interés en la relación de la lección con algo de la vida pasada del alumno, y un manantial todavia más rico en la relación de la lección con su vida futura. A estas fuentes de interés podemos agregar el que inspira en el maestro lo grato del tema, y la emulación de los condiscípulos del alumno en el mismo sentido. Todas estas cosas tocan al discípulo personalmente, porque con ellas se hace un llamamiento a su propio interés.

El Interés Varia con la Edad

11. Las fuentes del interés varian con la edad del alumno, con los diversos estados de crecimiento e inteligencia. El niño de seis años, en general, no siente interés ni presta atención a muchos de los temas que atraen al adolescente de diez y seis. Los niños y los adultos amenudo se interesan por las mismas escenas y objetos, pero no por las mismas fases. En ellas encuentra el niño algún hecho que llama a sus sentidos, alguna satisfacción personal que resulta un estímulo adecuado a la atención; el adulto atiende a sus más profundas relaciones, a las causas que han producido esos efectos. A medida que los niños se aproximan

a la madurez, sus intereses tienden a cambiar de lo concreto a lo abstracto.

Desde el momento en que la atención es fruto del interés, es tonteria tratar de ganar la atención sin antes estimular el interés. Es cierto que el deber de los niños es prestar atención a la lección; pero este sentimiento del deber ha de serlo para el maestro tanto como para el alumno. En el niñito este sentimiento del deber puede ser representado en parte por el afecto y la simpatia, y por este afecto y esta simpatia puede llegar a sentir las exigencias de las obligaciones que aún no puede comprender. El pequeño discípulo puede asi ser llevado a sentir interés por aquellas cosas que el maestro ame y alabe, mucho antes de que pueda comprender completamente su importancia.

12. El poder de la atención crece con el desarrollo mental y es proporcional a los años del alumno. Las lecciones muy cortas agotarán la atención del niño: "poco y amenudo," debe ser la regla para la enseñanza de estos pequeñuelos. La atención prolongada corresponde a mentes más maduras.

Impedimentos a la Atención

13. Los dos principales impedimentos a la atención son la apatia y la distracción. La primera puede ser causada porque no agrade

el tema que se considera, por cansancio u otra condición fisica. La distracción es la división de la atención entre varios objetos, y es el gran enemigo de toda enseñanza. Si la apatia y la distracción provienen de la fatiga o de enfermedad, el buen maestro no tratará de hacer mucho hincapie en la lección.

Reglas para los Maestros

De la Ley del Discípulo emergen algunas de las reglas más importantes de la enseñanza.

(1) No se debe comenzar los ejercicios de una clase hasta tanto se haya obtenido la atención. Estúdiese por un momento los rostros de los alumnos para ver si todos están mentalmente presentes, como lo están físicamente.

(2) Hágase una pausa cuando se interrumpa o pierda la atención, y espérese hasta que se obtenga nuevamente.

(3) No gaste completamente la atención de los discípulos. Deténgase tan pronto como aparezcan en ellos signos de fatiga.

(4) Adáptese la duración del ejercicio de la clase a la edad de los alumnos: mientras más pequeños sean los alumnos más corta debe ser la clase.

(5) Cuando sea necesario, despiértese la atención con la variedad en la presentación de la lección, pero téngase cuidado en evitar

las distracciones. La lección, para serlo verdaderamente, debe estar siempre ante la clase.

(6) Avívese y manténgase el mayor interés posible en la lección. El interés y la atención van unidos siempre.

(7) Preséntense aquellos aspectos de la lección, y úsense las ilustraciones, que correspondan a la edad y condiciones mentales de los alumnos.

(8) Apélese, siempre que sea posible, al interés de los alumnos.

(9) Los cuentos, cantos y asuntos favoritos de los discípulos son amenudo llaves a su interés y atención. Averígüense cuáles son estos favoritos y hágase uso de ellos.

(10) Véase cuales son las causas de la distracción (como ruidos dentro y fuera del aula) y redúzcanse a su minimun.

(11) Prepárense de antemano preguntas que hagan pensar a los alumnos; pero téngase cuidado de que estas preguntas no trasciendan a la edad y facultades mentales de los discípulos.

(12) Hágase la presentación de la lección de manera tan atractiva como sea posible, haciendo uso de las ilustraciones y otros medios legítimos. No debe permitirse, sin embargo, que estos medios sean tan prominentes que ocasionen distracción.

(13) El maestro debe demostrar la más perfecto atención por su parte, asi como el

más genuino interés en la lección. El verdadero entusiasmo es contagioso.

(14) Estúdiese el mejor uso que pueda hacerse del ojo y de la mano. Los discípulos responderán al mirar sincero y a la mano levantada del maestro.

Violaciones y Equivocaciones

Las violaciones que se cometen a la Ley del Discípulo son numerosas y constituyen las principales equivocaciones que cometen los maestros.

(1) Se comienza la lección antes de haber ganado la atención de los alumnos, y se continúa después de haber cesado esta atención. Esto es lo mismo que comenzar la lección antes de que los alumnos entren en el aula y continuarla después de que hayan salido.

(2) Se exige a los alumnos que atiendan después de haberse agotado el poder de atención y cuando se ha dado entrada a la fatiga.

(3) Se hace muy poco o ningún esfuerzo para descubrir los gustos o las experiencias de los discípulos, o para crear un verdadero interés hacia los asuntos que se tratan. El maestro, no sintiendo gran interés por su labor, trata de compeler la atención que no está en condiciones de atraer, y despierta el disgusto más bien que el placer.

(4) No son pocos los maestros que matan el

poder de la atención en sus alumnos, al fracasar en su intento de utilizar las nuevas adquisiciones o las nuevas e interesantes relaciones que estimulen el interés hacia el asunto que se estudia. Van dando traspies a través de la lección, considerando ellos mismos su trabajo como una rutina. Y naturalmente, sus alumnos pronto asumen la misma actitud.

No es de extrañar que por causa de éstas y otras violaciones de esta ley de la enseñanza, nuestras aulas resulten inatractivas y que el éxito en la obra sea muy limitado. Y si la obediencia a estas leyes es muy importante en las escuelas públicas, adonde los niños están obligados a asistir y donde el instructor oficial enseña con toda la autoridad de la ley, es mucho más necesaria en las Escuelas Dominicales, donde la asistencia y la enseñanza son voluntarias. El maestro de la Escuela Dominical que desee obtener los mejores y más ricos frutos de su enseñanza, debe dar a esta Ley del Discípulo la mayor atención y prestarle la más perfecta obediencia. Debe poseer el arte de obtener y retener la atención y de excitar el genuino interés; asi podrá regocijarse por los grandes rendimientos de su trabajo.

Capítulo IV

LA LEY DEL IDIOMA

1. Tenemos ahora, uno frente al otro, al maestro con su ley de conocimiento y al discípulo con su condición de interesada atención. Consideraremos seguidamente el medio de comunicación entre ámbos y aprenderemos la Ley del Idioma.

2. Dos personas con cuerpos materiales que son sus prisiones limitadas, han de ser traidas a un intercambio intelectual — el magnifico comercio del pensamiento y el sentimiento; pero no hay conexiones espirituales conocidas entre los individuos en este mundo. Los órganos del sentido son partes del cuerpo material y sólo pueden ser tocados e impresionados por la materia y fenómenos materiales. Las personas deben obtener de estos fenómenos los símbolos y signos por medio de los cuales puedan dar a entender, uno a otro, los pensamientos que desean comunicar. El sistema de estos símbolos o signos se llama idioma o lenguage. Puede consistir del dibujo de figuras que usaban las tribus salvajes, de los sistemas alfabéticos de los pueblos civilizados, de los

signos manuales de los sordomudos, del discurso oral; pero cualquiera que sea su forma, es un lenguage — un medio de comunicación entre distintas mentes, un instrumento necesario para la enseñanza y que tiene, como todos los otros factores del arte de la enseñanza, su ley propia.

3. Esta ley, como las que ya hemos discutido, es tan sencilla como un hecho de la vida diaria. Puede enunciarse de la siguiente manera:

El idioma o lenguage usado en la enseñanza debe ser común al maestro y al discípulo. En otras palabras, debe ser comprendido por cada uno en la misma forma, con idéntico significado para ámbos.

La Filosofia de la Ley

4. La ley del idioma alcanza a los hechos más profundos de la mente, y tiene las más ámplias conexiones de pensamiento con la vida y el mundo en que vivimos. El poder del pensamiento descansa grandemente en el edificio del idioma hablado.

5. El lenguage, en su forma más simple, es un sistema de signos artificiales. Sus palabras o signos no tienen semejanza alguna con las cosas que representan, y no tienen más significación que la que nosotros les damos arbitrariamente. Una palabra es signo de una idea solamente para el que conoce la idea y ha apren-

dido la palabra o signo o símbolo. Sin tener en la mente la imagen de la idea, la palabra suena en el oido meramente como un sonido sin significado alguno, como un signo que nada dice. Nadie conoce más lenguage que aquel o aquellos que ha aprendido. El vocabulario del maestro puede ser muchas veces mayor que el del alumno, pero las ideas del niño aparecen representadas por su vocabulario, y el maestro, si quiere ser comprendido, ha de limitarse al lenguage del niño. Fuera de estos límites, el lenguage del maestro estará desposeido de significado (o quizá tenga un significado pervertido) en proporción a las palabras desconocidas que emplee.

7. Muchas palabras en nuestro ïdioma tienen más de un significado; y la variedad de significados puede enriquecer las palabras que use el orador o el poeta, pero presenta dificultades al pequeño discípulo. Habiendo llegado a conocer una palabra como signo de una idea, recibe perjuicio al ver que esa misma palabra es usada con un significado nuevo y desconocido. El maestro, conociendo todos los significados de las palabras que emplea, y guiado por el contexto al elegir la que requiere su pensamiento, lee o habla, pensando quizás que su lenguage es muy brillante con sus significados; pero sus discípulos, que probablemente no conocen más que un significado de cada palabra,

no comprenden los términos que usa el maestro y que para ellos son sonidos sin significación, que mas bien les confunden. En ocasiones nos divertiriamos mucho si comprendiéramos las ideas que nuestras palabras forman en las mentes de los niñitos. El niño que deseaba ver "la perversa pulga que ningún hombre persigue," y el que dijo, "no me mires con ojos de *grillo*," tienen muchos compañeros en las escuelas.

8. De la misma manera, las palabran agradan o no por las ideas que sugieren. Asi la palabra *religión* es sublime para muchas personas, encerrando los significados más divinos y profundos. Esa palabra pinta, en el fondo obscuro de la historia humana, lleno de pecado y sufrimiento, todo lo que es glorioso en el caracter y gobierno de Dios, todo lo que es más elevado en la fe y en el sentimiento, y todo lo que aparece lleno de esperanza y brillantés en el futuro del hombre. Para el individuo más mundano, la religión es muchas veces el nombre que se da al conjunto de ceremonias más o menos desagradables o de deberes ingratos. Para el ateo significa solamente superstición y credos. Hasta cierto extremo, semejantes variaciones en el significado se encuentran en centenares de las palabras más comunes de nuestro idioma. El maestro que elije sabiamente las palabras que emplea,

es el que realiza mejor obra, porque forja las imágenes más claras en las mentes de sus alumnos.

9. Pero hay más todavia. En toda enseñanza efectiva el pensamiento tiene una doble dirección: del discípulo al maestro; del maestro al discípulo. Es tan necesario que el maestro comprenda perfectamente al niño, como que el niño comprenda al maestro. Muy amenudo los alumnos darán a las palabras significados extraños y falsos y estos errores de interpretación pueden durar muchos años si el maestro no los corrige. Los niños se ven obligados muchas veces, y por causa de la misma pobreza de su lenguage, a dar a las palabras otro significado que el que realmente les corresponde. De aqui que el maestro deba conocer las necesidades intelectuales de sus alumnos por sus mismas palabras.

El Instrumento del Pensamiento

10. Pero el lenguage es tanto el *instrumento* como el vehículo del pensamiento. Las palabras son las herramientas al toque plástico de las cuales la mente reduce la masa confusa de impresiones a concepciones claras y válidas. Las ideas se encarnan en las palabras; toman forma en el lenguage, y se prestan a ser estudiadas y conocídas, a ser llevadas al mecanismo del pensamiento inteligible. Hasta tanto se

les da asi expresión, son como sombras vagas, indistintas, intangibles. Una de las funciones más importante de la enseñanza es ayudar a los niños a llegar a obtener una clara y completa expresión de lo que ya conoce incompletamente. No es completa la enseñanza que no da a la lección una expresión clara e inteligente; esto significa que la expresión debe hacerse en el lenguage del niño, y no una mera repetición de las definiciones ya hechas por otras personas, las que, en muchos casos, aparecen envueltas en palabras completamente extrañas para los niños.

11. Podemos ir más allá y decir que hablar es pensar, porque las ideas deben preceder a las palabras siempre, a menos que se hable a lo papagayo. Los más útiles, y muchas veces los más dificiles, procesos del pensar son aquellos en que elejimos palabras apropiadas para expresar bien las ideas. La clara y completa enunciación de un problema es amenudo la mejor ayuda para su solución. Al principio las ideas se nos presentan a la manera en que se nos presenta la masa confusa de objetos en una campiña; el expresar esas ideas en palabras y oraciones claras y correctas es como familiarizarnos con los objetos de la campiña. "Los pensamientos se desembrollan al pasar por los labios."

12. Nos hacemos de la verdad expresándola,

y nos sentimos alegres cuando hemos expresado claramente nuestros pensamientos. Pero a fin de que el *hablar* llegue en realidad a ser *pensar*, debe haber esfuerzo independiente y original, y no una simple repetición de las palabras de otras personas. El alumno debe desempeñar la mayor parte en lo que se habla. ¿Qué maestro no ha contemplado el esfuerzo que hace un grupo de niñitos, al tratar de un asunto dificil, cuando cada uno se empeña en presentar la verdad en lenguage apropiado? ¡Y que orgulloso se siente el victorioso cuando ha podido presentar la verdad en palabras que todos reconocen como la verdadera expresión de esa verdad! Krüsi[1] cuenta que a uno de sus discípulos se le dijo que escribiera una carta a sus padres, y que él alegó: "Me es muy dificil escribir una carta." "¿Por qué? Ahora tienes un año más de edad y deberias estar en mejores condiciones para hacerlo." "Si," dijo el niño, "pero hace un año podia decir todo lo que sabia, mas ahora sé mucho más de lo que puedo decir." Krusi agrega: "Esta respuesta me asombró." Y lo mismo asombrará a todos los que no han pensado en la gran dificultad que ofrece el obtener suficiente dominio sobre el lenguage para poder expresar nuestros pensamientos.

[1] Hermann Krüsi fué amigo y compañero del gran maestro sueco y reformador pedagógico, Pestalozzi (1746–1827).

13. El lenguage tiene todavia otro uso: es el almacen de nuestros conocimientos. Todo lo que sabemos sobre un asunto puede encontrarse encerrado en las palabras que usamos con respecto a ese asunto. Asi las palabras son no solamente signos de nuestras ideas, sino que son también guias por medio de las cuales recobramos y reconocemos esas ideas a medida de nuestra voluntad, y en las múltiples formas y combinaciones de estas palabras, almacenamos las modificaciones y relaciones de la noción cuyo símbolo es la mera palabra. Un grupo de palabras, como acto, actuado, actuando, actor, actriz, acción, accionado, activo, activamente, actual, actualmente, actuar, etc., sugiere un grandisimo número de hechos concernientes a las personas, movimientos, relaciones, cualidades, etc.

14. El lenguage del niño puede, pues, ser considerado no sólo como la medida de sus conocimientos, sino también como envoltura de los elementos de esos conocimientos. Cuando en nuestra enseñanza empleamos el lenguage de nuestros discípulos, traemos a nuestra ayuda la experiencia que han adquirido. Las nuevas palabras deben ser aprendidas cuando es necesario nombrar nuevos objetos o simbolizar nuevas ideas; mas si se tiene cuidado de que la idea vaya antes que la palabra, y de que la palabra sea considerada como símbolo antes

de que sea usada en nuestro lenguage, ello guiará e iluminará, mas bien que oscurecer, la percepción del niño.

El Lenguage de los Objetos

15. La palabra no es el único medio por el cual podemos hablar. Hay muchas maneras de expresar el pensamiento. El ojo, la cabeza, la mano, el pie, el hombro, son amenudo usados al hablar, en forma la más inteligible. Entre las tribus salvajes, cuyo lenguage es demasiado pobre para llenar sus necesidades, las acciones simbólicas amenudo toman el lugar de las palabras. Los gestos de algunos oradores frecuentemente dicen más que las sentencias habladas de otras personas. Existe también el idioma de las figuras o láminas. Desde el tosco dibujo en el pizarrón hasta las obras de arte en la pintura, la enseñanza por medio de representaciones pictóricas es activa e impresiva.

16. Finalmente, la naturaleza ayuda al lenguage. " Ella habla un lenguage vario." Sus innumerables formas están siempre listas como ilustraciones efectivas, y sus analogias arrojan gran luz sobre muchos problemas profundos. Ninguna enseñanza fué jamás tan instructiva como las parábolas de Jesús, parábolas que sacó de la naturaleza que le circundaba.

17. El ordinario lenguage artificial probable-

mente ha de ser el principal medio de comunicación entre el maestro y el discípulo; pero ningún maestro hábil usará en demasía estas diversas maneras de entrar en las mentes de los alumnos. El lenguage por sí, aun cuando es mejor usado, resulta un medio imperfecto de comunicación del pensamiento, y nadie sabe esto mejor que el maestro experimentado, el que algunas veces lo ha encontrado inefectivo, viéndose obligado a apelar a otros medios de ilustración para hacerse comprender.

18. Esta discusión del lenguage no debe ser interpretada como un estímulo al maestro a ser un discursante ante su clase. El discurso y la conferencia son útiles en su lugar, pero no tienen cabida en una escuela de niños. En otros lugares de este libro se demostrará que el maestro que habla mucho raramente es un buen maestro. Un conocimiento apropiado del lenguage es, no obstante, muy ventajoso; porque los que hablan poco deberian hablar bien, y los que se proponen a enseñar por medio del lenguage deben conocer el que han de usar.

Reglas para los Maestros

De la Ley del Idioma, asi explicada, se obtienen algunas de las reglas más útiles para la enseñanza.

(1) Estúdiese constante y cuidadosamente

el lenguage de los alumnos, a fin de conocer las palabras que usan y el significado que dan a estas palabras.

(2) Obténgase de ellos una exposición tan completa como sea posïble del conocimiento que tienen del asunto que se trata, a fin de conocer sus ideas y su manera de expresarlas, y para corregir su conocimiento.

(3) El maestro debe expresarse, hasta donde le sea posible, en el lenguage de sus alumnos, y corregir cuidadosamente los errores de significación que cometan al interpretar sus palabras.

(4) Usense las menos palabras posibles y las más sencillas, al expresar lo que se propone. El uso de palabras innecesarias aumenta el trabajo mental de los niños, y también las posibilidades para la mala comprensión.

(5) Usense oraciones cortas, de la construcción mas sencilla. Es dificil atender a oraciones largas, las que frecuentemente confunden a los niños.

(6) Si el alumno no comprende al maestro, éste debe repetir su pensamiento en otras palabras, si es dable, en palabras más sencillas.

(7) Aclárese el significado de las palabras, usando al efecto ilustraciones; al tratar con niñitos son preferibles los objetos naturales y las láminas. Cuando sea dable, obténganse estas ilustraciones de las mismas experiencias de los niños.

(8) Cuando sea necesario enseñar una nueva palabra, exprésese la idea que encierra antes que la palabra Esto puede hacerse muy bien por medio de ilustraciones sencillas que estén estrechamente relacionadas con las experiencias de los alumnos.

(9) Trátese de aumentar el número de palabras del lenguage del discípulo, y al mismo tiempo hágase más claro su significado. El aumento verdadero del vocabulario del niño significa crecimiento de su conocimiento y poder.

(10) Como la adquisición del lenguage es uno de los fines más importantes en los procesos de la enseñanza, el maestro no debe conformarse conque sus discípulos le escuchen en silencio mucho tiempo, haciendo caso omiso de si están atentos o no. Anímese a los alumnos a hablar libremente.

(11) En esto como en todo lo que se refiere a la enseñanza de los pequeños, el maestro debe ir "poco a poco progresivamente." Cada palabra debe ser aprendida profundamente antes de que se le agregue otras.

(12) Péurbese frecuentemente la interpretación que los alumnos dan a las palabras que usan, para evitar que esas interpretaciones sean incorrectas y para que el niño pueda comprender la verdadera interpretación con la mayor claridad posible.

Violaciones y Errores

La tercera ley de la enseñanza es violada más frecuentemente de lo que presumen los mejores maestros.

(1) El aparente interés de sus discípulos amenudo engaña al maestro, haciéndole creer que su lenguage es entendido completamente, y mucho más porque el alumno ha sido defraudado y dice que comprende, cuando en realidad sólo ha obtenido un mero vislumbre del significado de esa enseñanza.

(2) Los niños amenudo son entretenidos con los modales del maestro y parecen atentos a sus palabras, cuando realmente están fijándose en sus ojos, labios y acciones. Es mas: muchas veces dirán que comprenden simplemente para agradar a sus instructores y ganar su aplauso.

(3) El abuso del lenguage es una de las faltas comunmente cometidas en la ensenanza. Sin hacer mención de los maestros que tratan de cubrir su ignorancia e indolencia con una palabreria que saben que sus alumnos no comprenderán, y omitiendo también la referencia a los que se encuentran más ansiosos de exhibir su sabiduria que de enseñar a otros, hay todavia muchos maestros sinceros que tratan de que la lección resulte clara, creyendo que con ésto ha terminado su deber; que si los niños no entienden se debe a su voluntaria

falta de atención o crasa estupidez. Estos maestros no sospechan que ellos pueden haber usado palabras desposeidas de significado para su clase, o que tienen una significación errónea para los niños.

(4) Puede ser un término poco usual o mal comprendido el que quiebre la conexión y no se le ocurra al maestro averiguar en que estriba el error y tratar de enmendarlo. Los niños no siempre piden que se les expliquen las cosas, ya sea por temor al maestro, o porque se avergüenzan de su porpia ignorancia, o porque no deseen que se les atribuya estupidez o falta de atención, cuando la atención no les ayuda lo más minimo a comprender un lenguage que no les es familiar.

(5) Aun los maestros que naturalmente usan un lenguage sencillo al enseñar su clase, algunas veces fracasan al hacer un uso elevado de este instrumento de la enseñanza. Esos maestros no se toman el trabajo de hacer que el niño presente una exposición clara de lo que se les ha enseñado, y carecen, por tanto, de una prueba del éxito que han obtenido. Los niños no hablan de por sí y carecen de un vocabulario grande.

(6) Muchos maestros no tienen una apreciación adecuada del caracter maravilloso y complejidad del lenguage; no comprenden que la sociedad moderna apenas podría vivir

sin idioma. Muchas personas tienen un vocabulario muy limitado. Se ha demostrado que uno de los mayores obstáculos para la instrucción de las personas y de los pueblos, se encuentra en su falta del conocimiento por medio del cual han de ser enseñados. En una ocasión el Parlamento Británico envió una comisión de su seno para que investigara el lenguage de los mineros de carbón y otros obreros de Inglaterra, a fin de ver la posibilidad de difundir entre ellos conocimientos útiles, por medio de libros y folletos; y se vió que su conocimiento del lenguage, en un gran número de los casos examinados, era demasiado pobre para poder usar con ellos un método semejante de instrucción. ¡Y cuánto mayor debe ser esta deficiencia en los niños, cuya experiencia es tan limitada! Si queremos enseñar a los niños con éxito, es necesario hacer más ancho y profundo este canal de comunicación entre ellos y el maestro.

(7) Muchos de los asuntos que se estudian en las escuelas no pertenecen a la vida diaria y al lenguage de los niños; y cada ciencia tiene su idioma propio que debe ser conocido por el estudiante que quiere progresar en su estudio. El maestro de la Escuela Dominical deberia reconocer que en esto se encierra uno de sus problemas; que muchas veces las verdades y hechos de religión son falseados por causa

de los términos no comprendidos en que aparecen expresados. Al maestro de las escuelas en que se da instrucción bíblica debe advertírsele continuamente que sus palabras han de ser claras.

Capítulo V

LA LEY DE LA LECCIÓN

1. Nuestra cuarta regla nos lleva directamente al corazón de la enseñanza. Las tres primeras reglas tienen referencia al maestro, al discípulo, y al lenguage que es el medio de comunicación entre ámbos. Ahora llegamos a la lección, al proceso que ha de ser dominado, al problema que tiene que ser resuelto. En la lección, y por medio de ella, es donde el maestro ha de pasar al alumno las experiencias de la raza; y el método de transmision de esta experiencia cristalizada de la raza, debe ser tal que inspire a los alumnos con los principios que sean fuerzas activas en sus vidas, y al mismo tiempo que los provea de un instrumento de exploración y futuro estudio — esto es, el corazón de la obra del maestro, la condición y el instrumento, tanto como la culminación y el fruto de todo lo demás.

2. Es la ley de la lección lo que ahora hemos de aprender. Pasando por alto (por no caber bien en los limites de nuestra discusión) los pasos por medio de los cuales la mente del niño obtiene sus primeras nociones del mundo

que le rodea, podemos ir directamente al hecho obvio de que nuestros discípulos aprenden lo nuevo, lo que no conocen, por medio de lo que les es conocido y familiar. Lo nuevo e incognocido puede ser explicado solamente por lo conocido y familiar. Esta, pues, es la ley de la lección:

La verdad que ha de enseñarse ha de ser aprendida por medio de la verdad que ya es conocida.

3. Esta ley no es ni tan sencilla ni tan obvia como las que la han precedido; pero no es menos verdadera que ellas, mientras que su alcance es mayor y sus relaciones quizás más importantes.

Filosofia de la Ley

4. La ley de la lección tiene su razón de ser por la naturaleza de la mente y del conocimiento humano.

5. Toda enseñanza ha de comenzar en algún punto del asunto o lección. Si el asunto es completamente nuevo, entonces debe buscarse algo familiar que ponga de manifiesto la semejanza que hay entre lo nuevo y lo ya conocido. Aun entre las personas mayores, el hábil narrador trata de encontrar la comparación entre lo que relata y las experiencias familiares, buscando asi la semejanza existente entre lo desconocido y lo conocido, antes de ir adelante en su narración. Hasta tanto encuentre este

punto de partida, sabe que es inútil seguir adelante en su narración, porque hacer semejante cosa es como decir a alguna persona que nos siga por un sendero tortuoso en la obscuridad, sin guiarle o enseñarle el camino. Naturalmente, si los adultos necesitan esta ayuda, no es de esperarse que los niños puedan pasarse sin ella. Amenudo los alumnos de una escuela explican su inhabilidad para comprender la lección, con la sencilla declaración siguiente: "Yo no sabia de que estaba hablando el maestro." Es seguro que la falta estaba en el maestro y no en el alumno.

6. Toda enseñanza ha de avanzar en alguna dirección; y este avance naturalmente ha de ser hacia la adquisición de nuevas experiencias. El enseñar una y otra vez lo que ya se conoce, es reprimir el deseo de los discípulos de adquirir mayores conocimientos, y amortiguar su poder de atención al obligarlos a caminar por caminos conocidos, en vez de guiarlos adelante a la inspiración de nuevas escenas y a la conquista de nuevos campos. Es un serio error el demorar, demasiado tiempo los estudios de los alumnos, por la supuesta necesidad de completar esos estudios. Las minas antiguas pueden ser trabajadas nuevamente si se puede encontrar mineral a mayor profundidad, y las lecciones antiguas pueden ser estudiadas nuevamente si de ellas se puede obtener mayores

resultados. En esta conexión debe tenerse presente que esto no contradice la ley de la Revista, la que estudiaremos más adelante.

7. El aprendizaje debe efectuarse por pasos graduados. Estos pasos deben ser tales que sirvan de eslabón entre un concepto y otro, de la misma manera en que cosas sencillas y concretas llevan naturalmente a cosas generales y abstractas, y la comprensión de fenómenos naturales nos llevan al descubrimiento de leyes. Cada idea nuevamente adquirida se convierte en parte del conocimiento del niño, en parte de su experiencia de la raza, y le sirve como punto de partida para un mayor progreso. Esa idea agrega su luz al conocimiento que le ha precedido y da mayor iluminación para el nuevo descubrimiento. Pero cada uno de estos pasos debe ser dominado completamente antes de pasar al siguiente, o los discípulos se encontrarán de pronto en terreno desconocido sin la debida preparación. De esto nace la necesidad de un conocimiento profundo; todos los particulares de la lección, dentro de los límites de la comprensión del discípulo, debe ser completamente entendido. Esta es la condición esencial de la verdadera enseñanza. Una comprensión imperfecta en cualquier punto, ensombrese todo el proceso del aprendizaje. El discípulo que ha aprendido bien una lección, conoce a medias la siguiente lección; de aqui

que la clase bien preparada esté siempre ansiosa de dar el siguiente paso. Pestalozzi acostumbraba a decir: "Es fácil agregar a lo que ya ha sido adquirido."

8. Pero la filosofia de esta ley llega a mayor profundidad todavia. Debe recordarse que el conocimiento no consiste simplemente en una masa de hechos sencillos e independientes; que está formado de la experiencia de la raza, cristalizada y *organizada* en forma de hechos unidos a sus leyes y relaciones. Los hechos están eslabonados en sistemas, asociados por semejanzas de una u otra clase. Cada hecho conduce a otros hechos y los explica. Lo antiguo revela lo nuevo; lo nuevo confirma y corrige lo antiguo.

9. Todo ésto tiene referencia por igual al conocimiento y experiencia de la niñez, como al más profundo y maduro conocimiento de los adultos. Los nuevos elementos del conocimiento han de ser traidos a relaciones con otros hechos y verdades, ya conocidas, antes de que sean reveladas y tomen forma en el creciente círculo de la experiencia del alumno. Asi, la misma naturaleza del conocimiento nos impele a procurar que el nuevo conocimiento sea ayudado por el antiguo.

10. El *acto* de conocer es en parte un acto de comparación y juicio — de encontrar algo en las experiencias pasadas que expliquen y hagan

significativas las nuevas experiencias. Si un amigo nos relata una experiencia o aventura, interpretamos su relación por medio de una comparación con algo muy parecido en nuestra propia experiencia; y si dice algo que no tiene semejanza alguna con algo que ya conocemos, le pedimos que nos de explicaciones e ilustraciones que traigan los hechos extraños a relación con nuestro punto de vista. Si a los niños se dice algo nuevo e infamiliar, probablemente tratarán en vano de comprender y pedirán mayor luz e información, si no es que abandonan por completo el esfuerzo para conectar la nueva idea con su experiencia. Las figuras de retórica, tales como símiles, metáforas y alegorías, han nacido de la necesidad de relacionar las nuevas verdades con escenas y objetos y experiencias familiares. Son otras tantas cosas inventadas para adquirir lo desconocido por medio de lo conocido — para tratar de hacer que lo antiguo arroje luz sobre lo nuevo.

11. La explicación o explanación, pues, significa usualmente el citar y usar hechos y principios ya conocidos para aclarar la naturaleza de asuntos nuevos. Por lo tanto, lo incognocido no puede explicar lo incognocido. El conocimiento existente en la mente del niño debe proporcionar la explicación de nuevos hechos y leyes, o estos hechos y leyes permanecerán

inexplicados. La dificultad que muchas veces encontramos para responder a las preguntas de los niños, depende, no tanto de lo dificil de las preguntas en sí, como en la falta del conocimiento, por parte del niño, que se requiere para comprender la explicación. Para contestar completamente las preguntas del niño acerca de las estrellas, seria necesario enseñarle antes algo de astronomia. El muchacho que ha visto una ciudad grande puede comprender bastante bien la descripción de Londres o Nueva York, pero aquel cuya experiencia se haya confinada a su hogar en el campo, no puede comprender propiamente lo que son las calles, los grandes edificios que limitan su anchura, y el brillante panorama de la vida de la ciudad.

12. El lenguage mismo con que hemos de expresar nuestros conocimientos, toma su significado de lo que ya es conocido y familiar. El niño que no tiene conocimiento, también ha de estar desposeido de palabras, porque las palabras son signos de cosas conocidas. Un Americano que viaje por Europa, pudiera quizás creer que la gente le entenderia si habla en voz clara y alta y con una enunciación cuidadosa; pero su éxito seria proporcional a la cantidad de conocimiento que esa gente tuviera del idioma dé los Americanos; si fueran extranjeros familiarizados sólo con su

propio idioma, sus palabras no tendrian significación para ellos.

Un error semejante a éste es el que cometen los maestros que esperan que, por el mero atractivo de sus modales y sus bien escogidas palabras, familiares a él solamente, sus ideas serán comprendidas por sus discípulos, sin fijarse en si esos discípulos tienen conocimiento previo del asunto que se les enseña.

13. Hay personas que preferentemente usan solamente las cosas más claras y familiares en su interpretación de nuevos hechos y principios. Todo hombre se siente inclinado a sacar sus ilustraciones de su carrera: el soldado, del campamento y las trincheras; el marinero, de los barcos y la mar; el comerciante, de las condiciones del mercado; y los artesanos y mecánicos, de sus oficios. De la misma manera en el estudio, cada discípulo se siente atraido hacia las cosas que se relacionan con su propia experiencia. Para el químico, la sal común es sodio cloridro, un compuesto binario; para el cocinero es algo que se usa para sazonar los alimentos y para preservar las carnes. Cada uno la considera en el aspecto que le es más familiar, y en este aspecto la usa para ilustrar alguna otra cosa que tiene referencia a la sal. Al encontrar una nueva planta, el botánico la considera a la luz de otras plantas conocidas, para descubrir su " clasificación "; el campesino

estará interesado en su uso, y el artista en su belleza. Esta tendencia a la preferencia, a la vez que es uno de los elementos de prejuicio que hará que cerremos los ojos a algunas verdades y los abramos a otras, es también uno de los elementos de poder en el trabajo intelectual.

14. Los hechos o principios vagamente comprendidos se usan muy rara vez — y aun entonces de la manera más errónea — en la interpretación de nuevas experiencias; y si se usan, llevarán la vaguedad e imperfección a los nuevos conceptos o juicios. La nube que permanece sobre la lección de ayer, arroja su sombra sobre la lección de hoy. Por el contrario, la lección que ha sido bien aprendida arroja gran luz sobre las que continúen. De aqui el valor de la práctica de algunos maestros hábiles que hacen las porciones elementales de un asunto tan familiares como las palabras más comunes — un territorio conquistado desde el cual el discípulo puede ir a nuevas conquistas, como de una base establecida, con confianza y poder.

15. Pero debe notarse que un dominio tan completo, como toda plenitud en el estudio, es realmente relativo. Ningún conocimiento o poder humano es perfecto, y las capacidades de la niñez necesariamente están más lejos de la perfección que la de los adultos. Y existen

grandes diferencias individuales que deben ser reconocidas en la escuela. Lo que para algunos niños es tan claro como la luz solar, para otros es vagamente sugestivo. Si el maestro hace que los alumnos hablen sobre la lección, según hemos sugerido en la discusión de la ley del lenguage, se revelarán algunas de estas diferencias, y se podrán descubrir los medios apropiados de salvar estas diferencias o de ajustar la instrucción a cada una de estas condiciones especiales.

16. Nuestra discusión de la lección seria incompleta si no hiciéramos alguna mención del proceso del poder de pensar, según se aplica a la solución de problemas. La palabra "problema" es familiar al maestro; los problemas y deberes de la vida diaria en el aula le embargan. Pero pensemos ahora en la palabra "problema" en un sentido diferente. Hemos estado hablando de la "lección" y su "ley." Pensemos en el proceso de aprender lecciones como análogo a la solución de problemas, como un proceso en el cual el alumno enfrenta una situación real, el dominio de la que envolverá la aplicación de sus poderes de pensamiento. ¿Cómo ha de pensar él?

17. La antigua noción de que porque los alumnos son pequeños e inmaturos son incapaces de pensar, es una falacia. Demasiado amenudo los maestros creen que sus discípulos

piensan de una manera simbólica — que alcanzan situaciones artificiales en que su deber es hacer lo que el maestro desea, más bien que pensar independientemente. Esto no es verdad necesariamente, y si lo fuera en algunos casos, entonces la falta es del maestro, con toda probabilidad. La verdad es que el poder de pensar es carne y hueso del original equipo mental del niño, y se desarrolla gradualmente, de la misma manera que otras capacidades. Las situaciones que despiertan este poder en el niño son sencillas, pero no por esto menos reales. La diferencia entre el pensar del niño y el del adulto es solamente una diferencia en grados.

18. Si hemos de dar al niño la tarea del verdadero pensar en la solución de problemas reales, debemos definir este proceso del pensamiento. Hay tres estados en el proceso. Primero, debe existir un estado de duda o incertidumbre; algunas cosas se saben y hay que hacer algo con respecto a ellas. Por ejemplo, la pérdida de un juguete apreciado presenta esta situación al niño: ve lo que ha sucedido y piensa qué podrá hacer en este sentido — como podrá reponerlo, si es posible. Segundo, hay un estado de organización en el que el individuo estudia los medios que tiene a su disposición para obtener los fines que se propone. Tercero, hay una actitud de crítica

que envuelve la selección y abandono de los planes que se han sugerido. Esta situación problemática se presenta muy frecuentemente en la vida diaria, tanto con los niños como con los adultos. Al designar las tareas de la escuela, debe siempre tenerse presente el proceso del pensamiento; los maestros de las escuelas públicas y de las dominicales deben recordar que, si la enseñanza que dan ha de producir frutos, deben presentar situaciones reales que despierten esta actitud reflexiva; deben también renunciar a esa clase de tareas que son susceptibles a error, al guiarse ciegamente por otros, o al hacer lo que otro ha hecho ya en una situación semejante, meramente porque se ve que una situación es semejante a la otra.

19. Lo que llamamos conocimiento es, en un sentido muy impartante, el archivo de problemas resueltos. Los hechos y las leyes se han ido coleccionando, han sido probados y organizados en sistemas, pero en su base representan los resultados de enfrentar situaciones y de encontrar cosas a la primera intención. Al pasar nuestros conocimientos a otros, mientras más nos podamos aproximar a situaciones reales, vitales, mejor será nuestra enseñanza. Algunas personas llegan hasta el extremo de decir que no debe tratarse de impartir conocimiento al niño, a menos que éste sienta la necesidad de él claramente — a menos

que se vea que es esencial resolver algún problema que es real y vital en la vida. Esta es indudablemente una opinión extrema, pero no por eso es menos de la incumbencia del maestro conocer cuales son los problemas de la vida del niño, y utilizarlos para hacer su instrucción tan rica y significativa como sea posible.

Reglas para los Maestros

Esta ley de conocimiento, asi explicada, ofrece al maestro estudioso reglas del valor práctíco más elevado. Ofrece guia clara a los que son maestros de niños y se sienten ansiosos de llenar bien su cometido.

(1) Averígüese lo que saben los discípulos acerca del asunto que se les desea enseñar: este es el punto de partida. Esto no sólo se refiere a los libros de texto, sino también a cualquiera otra información que ellos puedan poseer, cualquiera que sea la manera en que la han adquirido.

(2) Hágase el mayor uso del conocimiento y de la experiencia de los alumnos. Que ellos sientan su extensión y valor, como medio para un nuevo conocimiento.

(3) Anímese a los alumnos a que aclaren y refresquen sus conocimientos por medio de una clara exposición de ellos.

(4) Comiéncese por los hechos o ideas que

tengan relación más cercana con los discípulos, a lo que se puede llegar de un solo paso, partiendo de lo que ya les es familiar; asi, la geografia comienza naturalmente, con el pueblo en que vivimos; la historia, con las memorias de los propios discípulos; y la moral, con su conciencia.

(5) Procúrese que cada lección tenga la mayor relación posible con las lecciones anteriores, y con el conocimiento y la experiencia del discípulo.

(6) Prepárese la presentación de la lección de tal manera que cada uno de sus pasos guie fácil y naturalmente a los siguientes pasos.

(7) Procúrese que los pasos de la lección sean proporcionales a la edad y conocimientos de los alumnos. No debe desalentarse a los discípulos con lecciones o ejercicios que resulten demasiado largos; o defraudar la expectación de los alumnos mayores, dándoles lecciones demasiado fáciles.

(8) Búsquense ilustraciones en los objetos más comunes y familiares.

(9) Guíese a los discípulos a encontrar ilustraciones en su propia experiencia.

(10) Hágase porque cada nuevo hecho o principio resulte familiar a los discípulos; trátese de establecer firmemente estos hechos o principios, a fin de que estén en condiciones de ser usados en la explicación de nuevos asuntos.

(11) Anímese a los alumnos a usar su conocimiento y facultades, siempre que sea dable, para encontrar o explicar nuevos conocimientos. Enséñeseles que el conocimiento es poder, demostrándoles que el conocimiento en realidad ayuda a la resolución de problemas.

(12) Procúrese que cada punto sea bien aprendido, a fin de que el progreso al siguiente punto sea hecho siempre sobre terreno conocido.

(13) Elíjanse, hasta donde sea posible, los problemas que han de presentarse a los alumnos, de sus propias actividades, aumentando asi las probabilidades de que estos problemas sean reales y no ficticios.

(14) Recuérdese que los alumnos están aprendiendo a pensar, y que para pensar propiamente, ellos deben aprender a afrontar inteligentemente, reflexivamente, los problemas que se presenten en conexión con su trabajo en la escuela y con su vida fuera de la escuela.

Errores y Violaciones

La amplia esfera de acción de la Ley de la Lección presenta la oportunidad para que se cometan muchos errores y violaciones. Entre los más comunes se encuentran los siguientes:

(1) No es raro que algunos maestros pongan a sus discípulos a estudiar nuevas lecciones,

y hasta nuevos asuntos, para lo que no están debidamente preparados, o sin preparación alguna, ya sea por estudios prévios o por la experiencia.

(2) Muchos maestros descuidan completamente el averiguar con cuidado cual es el equipo de los alumnos para comenzar el estudio de un nuevo asunto.

(3) Un error común es el dejar de conectar las lecciones nuevas con las que ya se han estudiado, en forma tal que los alumnos puedan trasladar facilmente lo que conocen o han aprendido a las nuevas lecciones. Se tratan muchas lecciones como si fueran independientes de las otras.

(4) Muchas veces los conocimientos adquiridos se consideran como mercancias para ser almacenadas, cuando debieran ser tenidos como instrumentos para uso futuro.

(5) Muy amenudo los hechos y definiciones elementales no se hacen completamente familiares.

(6) Cada paso en las lecciones no es completamente comprendido cuando ya se pasa al siguiente.

(7) Muchos maestros yerran al asignar lecciones o ejercicios que son demasiado largos para los poderes de sus alumnos, o para el tiempo de que disponen, haciendo asi imposible que ellos dominen los principios que pudieran

ser útiles para su futuro progreso en el conocimiento del asunto.

(8) Los maestros algunas veces dejan de colocar a sus alumnos en la actitud de un descubridor. Debe enseñarse a los niños a usar lo que ya han aprendido, para el descubrimiento de nuevos hechos y principios y para la solución de nuevos problemas.

(9) Una falta muy común es la que se comete al dejar de demostrar la conexión que hay entre las diversas partes de un asunto que ya se ha enseñado y las del asunto que se ha de enseñar.

Como consecuencia de éstas y otras violaciones de la ley, una gran parte de la enseñanza es pobre, y sus beneficios, si es que reporta alguno, son muy escasos. Entonces se ve que muchas personas tienen un conocimiento muy inadecuado y que les falta el poder de estudiar por sí mismos. Esto es tan verdadero tratándose del conocimiento bíblico como de cualquier otro conocimiento. En lugar de estudiar la Biblia como un todo relacionado, como un concepto con un propósito, se la estudia como partes sin relación, como los pedazos de un vidrio roto, y el resultado es que confunde y perpleja, y no es vista como un conjunto armónico, como debiera ser.

Capítulo VI

LA LEY DEL PROCESO DE LA ENSEÑANZA

1. Nuestro estudio del arte de la enseñanza nos ha llevado a cuatro consideraciones: el maestro, el discípulo, el idioma y la lección. Ahora hemos de estudiar estas cuatro cosas en acción, observando la manera en que deben conducirse el maestro y su discípulo. Las discusiones anteriores nos han hecho considerar en parte estos cosas, pero como cada una de ellas tiene su propia ley, se hace necesario considerarlas más cuidadosamente, por separado, de una manera más completa de lo que lo hemos hecho hasta ahora. En las leyes del maestro y el discípulo vimos reflejadas, necesariamente, las acciones de ambos; pero un actor y el papel que desempeña se separan facilmente en el pensamiento, y cada uno posee aspectos y características que le son propias.

Siguiendo el orden natural, la función de la enseñanza se nos presenta en primer lugar, y ahora debemos descubrir su ley. La ley del maestro es esencialmente una ley de califica-

ción, de cualidades; la ley de la enseñanza es una ley de función.

2. Hasta ahora hemos considerado la enseñanza como la comunicación del conocimiento o experiencia; pero más propiamente deberiamos decir que esa comunicación es el resultado de la enseñanza. Ya sea hablando a sus discípulos, por medio de demostraciones, o guiándolos a que por sí mismos descubran las verdades o princípios, el maestro está trasmitiendo experiencia a sus discípulos; esa es su tendencia y propósito, y su enseñanza está en relación directa con ese propósito. Pero la explicación del trabajo del maestro en términos de su función, debe ser distinguido de su trabajo en términos de propósitos. La obra actual del maestro consiste en despertar y poner en acción la mente del discípulo, en excitar sus propias actividades. Como ya se ha demostrado, el conocimiento no puede pasar de una mente a otra como se pasan los objetos de un receptáculo a otro, sino que en cada caso la mente que lo recibe debe reconocerlo, repensarlo y re-vivirlo. Todas las explicaciones y exposiciones resultan inútiles a menos que sirvan para excitar y dirigir a los discípulos en su acto de pensar. Si el discípulo no piensa por sí mismo, la enseñanza no tendrá resultados; las palabras del maestro caerán en oidos sordos.

3. Ahora estamos listos para presentar

La Ley de la Enseñanza

Excítense y diríjanse las actividades del discípulo y, como regla general, no se le diga nada que pueda aprender por sí mismo.

4. La segunda cláusula de esta ley tiene suficiente importancia para justificar el hecho de que aparezca en su formulación, aunque vaya presentada en forma negativa. Hay casos en que puede resultar necesario hacer caso omiso de esta recomendación, a fin de ganar tíempo, o por tratarse de un alumno débil y desalentado, y algunas veces cuando se ha despertado un gran interés y hay una anhelante necesidad de la información que el maestro pueda dar pronta y efectivamente; pero su violación es casi siempre una pérdida que debiera reconquistarse con una ganancia definida. Considerada afirmativamente, esta recomendación pudiera presentarse en la siguiente forma: "Hágase que el discípulo sea un descubridor de la verdad — hágasele encontrar la verdad por sí mismo." El gran valor de esta ley ha sido demostrado tan amenudo y tan vigorosamente que no es necesario mayor prueba a su favor. Ningún gran escritor sobre la educación ha dejado de considerarlo en una forma u otra; y si buscáramos la máxima educativa más ampliamente recibida por los buenos maestros y más extensa en

su aplicación y resultados, habiamos de elegir esta ley. Ella es la misma verdad fundamental que se encuentra expresada en reglas como las siguientes: "Despierta la mente de tus discípulos"; "Hága que sus discípulos piensen por sí mismos"; "Despiértese el espiritu de inquerimiento"; "Ponga sus discípulos a trabajar." Todas estas máximas familiares son diferentes expresiones de la misma ley.

Al discutir los principios de la atención, el lenguage y el conocimiento, hemos considerado con alguna extensión las operaciones de la mente; y ahora las estudiaremos con mayor extensión aún.

La Filosofia de la Ley

5. Podemos aprender sin necesidad de maestro. Los niños aprenden millares de cosas antes de que hayan visto una escuela, algunas veces con la ayuda de sus padres y otras personas, pero más amenudo sin ayuda alguna, por su propio esfuerzo. La mayor parte de nuestros conocimientos los hemos adquirido por nosotros mismos, y es generalmente admitido que el conocimiento asi adquirido es mejor y más permanente. Todo ha de ser al principio aprendido por el estudiante, sin instructor, pues no hay instructor que pueda enseñarlo. Luego, si podemos aprender sin ser enseñados, se sigue que la verdadera función del maestro

es crear las condiciones más favorables para que el alumno pueda aprender por sí mismo. Esencialmente, la adquisición de conocimientos ha de efectuarse por las mismas agencias y usando los mismos métodos, sea ya con o sin maestro.

6. ¿Cuál es, pues, el propósito de las escuelas y cuál la necesidad de maestros? Esta pregunta es pertinente, pero la respuesta resulta muy sencilla. El conocimiento, en su estado natural, se encuentra esparcido y confundido; se halla, no hay duda, conectado en grandes sistemas, pero estas conexiones son leyes y relaciones desconocidas para el principiante y han de ser aprendidas por el humano a costa de años de observación y estudios cuidadosos. La escuela selecciona para su curso, lo que considera más útil de las experiencias de la raza, las organiza y presenta a sus alumnos junto con las facilidades para aprenderlas. La escuela proporciona a sus alumnos sosíego y quietud para el estudio y, por medio de libros y otros materiales de educación, el resultado de las labores de otras personas, lo que resulta a manera de cartas geográficas de los territorios que han de explorarse, como senderos trillados en el campo del conocimiento. La verdadera enseñanza, pues, no es la que *da* conocimientos, sino la que estimula a los alumnos a *adquirirla*. Se puede decir que enseña *mejor* el que enseña

menos; o que enseña mejor aquel cuyos alumnos aprenden más sin ser enseñados directamente. Pero debemos recordar que en estas frases epigramáticas la palabra "enseñar" encierra dos significados: el primero, decir (hablar) simplemente; el segundo, crear las condiciones para el verdadero aprendizaje.

7. Es un buen guia el maestro cuyo conocimiento de los asuntos que han de estudiarse lo habilita propiamente para dirigir los esfuerzos de sus discípulos, para ahorrarles el gasto de tiempo y energias, y para librarlos de dificultades innecesarias. Pero ninguna ayuda de la escuela o del maestro puede cambiar las operaciones de la mente, o quitar al discípulo su necesidad de aprender por sí mismo. El ojo ha de ver, el oido oir y la mente pensar cualquiera cosa que sea lo que se haga para dar objetos a la vista, sonidos al oido, o estímulo a la inteligencia. Las capacidades innatas en el niño producen en él el crecimiento del cuerpo o de la mente. "Si la niñez es educada de acuerdo con la medida de sus poderes," ha dicho San Agustín, "continuamente crecerá; mientras que si se fuerza más allá de su energia, decrecerá en vez de crecer." Tan pronto como el maestro abandone la noción de que él puede hacer a sus discípulos más inteligentes, dando mucho trabajo a su receptividad pasiva, se convertirá en buen maestro y adquirirá el

arte, como dijo Socrates, de asistir la mente en su trabajo de modelar y guardar sus concepciones. Fué a esta habilidad que el gran ateniense debió su poder y grandeza entre sus contemporaneos; ésto fué lo que le colocó a la cabeza de los grandes maestros de la humanidad. El "proceso impelente" en la enseñanza es el que separa el *aprendizaje* perfunctorio y superficial del verdadero *conocimiento*. A un muchacho que se sorprendió de la forma de la tierra, al contemplar una esfera, se le preguntó: "¿No aprendiste eso en la escuela?" Yél respondió: "Si, lo aprendí, pero nunca lo supe."

8. Los grandes propósitos de la educación son adquirir conocimientos e ideales y desarrollar las artes y profesiones. Nuestra ley del proceso de la enseñanza deriva su significación de estos dos propósitos. El alumno debe conocer por sí mismo, o su conocimiento lo será sólo nominalmente. El esfuerzo mismo que se requiere para este acto de aprender y conocer, puede ser muy útil para acrecentar la capacidad para aprender. El alumno que es enseñado sin que él estudie es como aquel a quien se alimenta sin dársele ejercicio: perderá el apetito y las fuerzas.

9. El tener confianza en nuestros poderes es una condición esencial para poderlos usar con éxito. Y esta confianza sólo puede ob-

tenerse por medio de un voluntario e independiente uso de esas capacidades. Aprendemos a caminar, caminando, y no viendo a otros caminar. Lo mismo sucede con los poderes mentales.

10. Las actividades o poderes mentales no obran sin tener un motivo o estímulo que las ponga en acción. En la vida temprana los estímulos externos son más fuertes, y en los años de madurez estamos más dispuestos a responder a los estímulos internos. Para los niñitos, los objetos del sentido — los colores brillantes, los animales vivos y las cosas en movimiento — son muy atractivos y excitantes. En la edad madura, los hechos internos del pensamiento y del sentimiento son más atractivos. La vida mental del niño tiene un exceso de sensación; la vida mental del adulto tiene más reflexión.

11. Pero cualquiera que sea el estímulo, el proceso del conocimiento es generalmente el mismo. En él existe la comparación de lo nuevo con lo antiguo, el análisis y síntesis alternativos de las partes, del todo, de las clases, causas y efectos; la acción de la memoria e imaginación, el uso del juicio y la razón, y los efectos sobre las ideas de gustos y prejuicios, según se hayan relacionado con el conocimiento y experiencias previas del estudiante. Si no se llega a pensar, el maestro ha hecho uso del

estímulo en vano. Quizás el maestro llegue a creer que los alumnos no entienden y hasta los considere estúpidos e incompetentes, ó a lo menos holgazanes. Pero, desgraciadamente, la estupidez se encuentra muchas veces en el extremo opuesto de la linea; y se peca contra esta ley de la enseñanza al asumir que el maestro *puede* hacer que el discípulo aprenda por medio de su lenguage vigoroso o por causa de su llamada enseñanza, cuando la verdadera enseñanza sólo trata de llevar a la mente del alumno cierto estímulo o excitante natural. Si alguno de estos estímulos falla, el maestro debe buscar otros y no descansar hasta que obtenga el resultado apetecido y vea la actividad del niño trabajando en la lección.

12. Comenius[1] dijo hace más de dos mil años: "Muchos maestros siembran plantas en vez de semillas; en lugar de comenzar por los principios mas sencillos, introducen inopinadamente a sus alumnos en un caos de libros y estudios misceláneos." Esta figura de las semillas es magnifica, pero es mucho más vieja que Comenius. El más grande de los maestros, Cristo, dijo: "La semilla es la palabra." El buen maestro prepara el campo y siembra la semilla; y el terreno es el que

(1) Juan Amós Comenius (1592–1671) fué un clérigo moravo cuyos esfuerzos para reformar las prácticas de las escuelas le han dado un lugar prominente en la historia de la enseñanza.

tiene que desarrollar, por medio de sus propias fuerzas, el crecimiento y madurez del grano.

13. La diferencia que hay entre el discípulo que trabaja por sí y el que sólo lo hace cuando se ve obligado a ello, es demasiado obvia para necesitar explicación. El uno es un agente libre, el otro una mera máquima. El primero se siente atraido por su trabajo, e impulsado por su interés, hasta que encuentra una dificultad invencible o llega al fin de su tarea. El segundo se mueve solamente cuando se le obliga a ello; ve cuando se le muestra algo, oye lo que se le dice, avanza cuando su maestro le guia, y se detiene cuando se detiene su maestro. El uno se mueve por sus propias actividades, el otro por impulso extraño. El primero es como el rio en la montaña, que se alimenta de los manantiales; el segundo es como la zanja que se llena por medio de la bomba que hace funcionar una mano extraña.

El Conocimiento es Necesario al Pensamiento

14. La acción de la mente se encuentra limitada, practicamente, al campo de su conocimiento adquirido. El individuo que nada sabe, nada puede pensar, porque no tiene sobre que pensar. Al comparar, imaginar, juzgar y razonar, y al aplicar el conocimiento a hacer

el plan, criticar o ejecutar los propios pensamientos, la mente tiene, necesariamente, que trabajar con los materiales que ya posee. De aqui que el poder de un objeto o hecho como estímulo mental dependa del número de objetos o hechos que con él estén relacionados y que ya posea el individuo. El botánico se sentirá interesado, en el más alto grado, por el descubrimiento de una planta hasta entonces desconocida, pero quizás no sienta interés alguno hacia una piedra nueva o una nueva estrella. El médico estudiará con gran interés las nuevas enfermedades, el abogado las recientes decisiones de los tribunales, el campesino las nuevas hojas, y el mecánico las máquinas nuevas.

15. El niñito conoce poco y por eso su interés es breve y lijero; el hombre conoce muchas cosas y por eso su interés es mayor, más profundo y persistente. La reflexión se hace más profunda y más intensa con el crecimiento del conocimiento. El estudiante de matemáticas que ha trabajado mucho y persistentemente en este campo, nunca encuentra la asignatura pesada; el atento estudiante de la Biblia encuentra en sus páginas gran deleite. Todas estas ilustraciones ponen de manifiesto los principios que encierra nuestra ley, y prueban su valor.

16. Los dos principales manantiales de interés por medio de los que puede despertarse la mente, el amor al conocimiento por lo que él

significa, esto es, por su valor natural, y el deseo de adquirir conocimiento para usarlo como medio de resolver problemas, o para obtener otros conocimientos. En el primero se mexclan la satisfacción de la curiosidad nativa, que trata de conocer la naturaleza real del fenómeno que nos rodea, la solución de los asuntos que amenudo mortifican la mente, la libertad de las aprehensiones que la ignorancia siente a presencia de los misterios de la naturaleza, el sentido de poder que el conocimiento da amenudo, el sentimiento de elevación que trae el incremento en conoci miento, y el "regocijo en la verdad" por razón de su misma belleza y sublimidad, o su dulzura moral, sus llamamientos al buen humor y hacia lo maravilloso. Todo esto entra, separadamente o unido, en el apetito intelectual a que hacen profundos llamamientos todas las formas del conocimiento, y lo que hace que la lectura y el estudio resulten grandemente atractivos. Cada uno de estos sentimientos abre una avenida por medio de la cual el maestro hábil puede llegar a la mente y despertarla.

17. Es evidente que los varios apetitos mentales han de variar en caracter e intensidad con los gustos y conocimientos de los discípulos. Algunos gustan de estudiar la naturaleza y sus ciencias de observación y esperimento;

otros se sienten inclinados a las matemáticas y gozan en la solución de sus problemas; otros prefieren el estudio de los idiomas ó la literatura, y otros son atraidos por la historia y la ciencias que tratan de los poderes, hechos y destino de los hombres. Cada preferencia especial crece a medida que se la alimenta, y llega a ser absorbente cuando las adquisiciones son mayores. Los grandes éxitos en el arte, la literatura, las ciencias, han tenido efectividad por causa de estas preferencias innatas, y en ellas " el niño es el padre del hombre."

En cada niño existe el gérmen de esas preferencias — los manantiales de semejantes poderes — esperando que el arte del maestro riegue estos gérmenes y haga brotar estos manantiales.

18. La estimación que se siente por el conocimiento por su valor como instrumento, incluye el deseo de la educación como medio de vida o como manantial de mejor posición social; la necesidad que se siente de poseer alguna habilidad como artista, abogado, escritor, etc.; el estudio con el propósito de ganar algún premio o evitar castigos. Este deseo indirecto de obtener conocimiento varía con el carácter y aspiraciones del discípulo, pero no crece con las adquisiciones a menos que madure, cosa que es posible, como el verdadero amor al conocimiento que ya hemos descrito anteriormente. Su poder depende de la naturaleza

y magnitud de la necesidad que impele al estudio. Las actividades que se despiertan para semejante estudio, llegan a considerar este mismo estudio como tarea voluntariamente impuesta, y probablemente no continuarán su trabajo después de terminada la tarea. Los premios y castigos que se usan en las escuelas para promover el estudio de la lección, no tienen otro éxito que éste que hemos mencionado. Ellos no inspiran la generosa actividad que trabaja por amor al trabajo que se realiza, y que no se detiene cuando se ha estudiado la lección asignada. Testigo de ello es el espïritu que prevalece en las escuelas que de esta manera son enseñadas y gobernadas. Por el contario, si el maestro hace ver constantemente los verdaderos usos del conocimiento y el alumno los reconoce, llegará el tiempo en que, estimándose el conocimiento como útil, se sienta un amor real, por lo que el vale.

El Conocimiento y los Sentimientos

19. En nuestra discusión se ha dado por sentado hasta el presente, la conexión íntima e indisoluble entre el intelecto y el sentimiento, la unión inseparable entre el pensamiento y el sentimiento. Pensar sin sentir seria pensar con entera indiferencia hacia el objeto del pensamiento, lo que seria absurdo; y sentir

sin pensar resultaria casi imposible. Como casi todos los objetos del pensamiento son también objetos de deseo o disgusto y, por lo tanto, de elección, se signe que toda acción del intelecto tiene su lado moral. Esto es lo que hemos dado por sentado a través de toda nuestra discusión. El amor al conocimiento por lo que él vale, o por los beneficios que reporta, es en realidad moral, por implicar afecciones y propósitos morales de bien o mal. Todos los móviles al estudio tienen una conexión o caracter moral en sus principios; de aqui que ninguna educación o enseñanza pueda divorciarse completamente de la moral. Las afecciones vienen a la escuela junto con los intelectos.

20. La consciencia moral encuentra su más ámplia esfera de acción en el campo del deber — el más elevado reino de las afecciones y otras cualidades morales. De éstas vienen los mayores y más fuertes incentivos para el estudio y también el claro entendimiento. El maestro debería siempre hacer llamamientos a la naturaleza moral y estimular los sentimientos morales, si es que desea obtener el mayor éxito en sus labores.

21. Esta enseñanza moral fué el principal mérito de la obra de Pestalozzi y es la característica esencial de la enseñanza de los grandes maestros. El amor patrio, el amor a los

semejantes, la aspiración a una vida noble y útil, el amor a la verdad — todos éstos son móviles a que debe hacer llamamientos el maestro. Y si estos móviles no están latentes en los discípulos, el maestro debe crearlos en ellos.

La Mente Activa

22. De todo esto se sigue que solamente cuando los poderes mentales trabajan libremente, el resultado será seguro y permanente. Nadie puede saber exactamente lo que contiene una mente, o como funciona, a menos que la misma mente lo revele imperfectamente por medio de palabras y actos, o que la concibamos haciéndola reflejar sobre nuestra consciente experiencia. De la misma manera en que los órganos digestivos han de hacer su obra masticando y digiriendo los alimentos que recibe, haciendo la selección, secreción, asimilación, y fortaleciendo los huesos, los músculos los nervois, los tejidos y órganos del cuerpo, asi también la mente debe desempeñar sus funciones sin ayuda externa, haciendo que se formen conceptos, fe, propósitos y todos las formas de la inteligencia y el carácter. "La mente en su propio lugar, y en si, puede hacer del cielo un infierno, un infierno del cielo."

23. No hacemos énfasis en la autocracia de la mente con el propósito de demeritar la

labor del maestro, sino solamente para presentar más clara la ley que da a esa labor todo su poder y dignidad. La misión del maestro es pararse en la puerta espiritual de la mente del alumno, sirviendo como heraldo de ciencia, de guia a través de la naturaleza, para excitar las mentes a su trabajo, para colocar ante ellas los hechos que han de ser observados y estudiados, y para guiarlos por los senderos verdaderos que deben seguir. Por su simpatia y ejemplo y por medio de su influencia — por medio de los objetos de sentido y hechos de la inteligencia — debe excitar las mentes de sus alumnos y estimular sus pensamientos.

24. La cláusula admonitiva de nuestra ley, que prohibe prestar demasiada ayuda a los discípulos, será innecesaria para el maestro que conoce su deber. Como hábil maquinista que conoce el poder de su máquina, prefiere contemplar su espléndido funcionamiento, y maravillarse de la facilidad y vigor de sus movimientos. Solamente el maestro inhábil es el que prefiere oir su propia voz en inacabable charla, a cuidar y dirigir el curso de los pensamientos de sus discípulos.

25. No hay desacuerdo alguno entre esta ley y la primera y tercera, que con tanto énfasis insiste en que el maestro sepa el asunto que ha de enseñar. Sin el completo y apropiado conocimiento del asunto que el discípulo

ha de aprender por medio de sus propios esfuerzos, el maestro con toda seguridad no podrá guiar, dirigir y probar el proceso del aprendizaje. Seria lo mismo decir que un general no necesita conocer el campo de batalla porque él no es el que tiene que pelear personalmente, como decir que un maestro puede desenvolverse bien con conocimiento inadecuado, por ser los discípulos los que han de estudiar. Como ya hemos dicho, la ley que expresa que no debe decirse al alumno nada que él por sí pueda aprender, tiene sus escepciones. Hay ocasiones en que el maestro puede, por breves momentos, convertirse en conferencista y, de su mayor experiencia, dar a los alumnos una idea más ámplia y rica y clara de su esfera de acción. Pero en estos casos debe tener cuidado de no sustituir la verdadera enseñanza por la mera charla, alentando asi a sus alumnos a escuchar pasivamente, cuando debiera alentarlos a trabajar con ahinco.

26. Ya hemos hablado de los estímulos más importante que usa la naturaleza para avivar las mentes de los hombres. Esos estímulos pueden ser descritos como las preguntas mudas pero incesantes que el mundo siempre dirije a los hombres. El eterno preguntar de la niñez en realidad no es más que el eco de estas preguntas más elevadas. El objeto o acontecimiento que no origina en nosotros alguna pregunta,

tampoco excitará nuestro pensamiento. Por lo tanto, el preguntar no es simplemente uno de los medios de la enseñanza: es toda la enseñanza. Es la excitación de las propias actividades a realizar el trabajo de descubrir la verdad. La naturaleza siempre enseña asi. Pero esto no implica que toda cuestión ha de ser expresada en forma de interrogación. Las afirmaciones más claras y terminantes pueden tener el mismo efecto que las interrogaciones, si la mente asi las recibe. Las explicaciones pueden ser hechas en tal forma que despierten preguntas nuevas a la vez que contestan a las antiguas.

27. La explicación que todo lo dice y que pone fin a las preguntas, generalmente pone fin también al pensar. Después que se ha comprendido perfectamente una verdad, o que se ha establecido un hecho o principio, quedan todavia sus consecuencias, aplicaciones y usos. Cada hecho o verdad perfectamente estudiada, lleva a otros hechos y verdades que renuevan las preguntos y exigen nuevas investigaciones. La mente que hace preguntas y busca sus respuestas, es la que está despierta y es científica. El espiritu científico es el que constantemente inquiere y busca. La era presente que tanto excede a la pasada en el desarrollo de las artes y las ciencias, es la era de las grandes preguntas.

28. Lo que sucede con el mundo sucede con el niño. Tan pronto comienza su educación, comienza a hacer preguntas. Solamente cuando el espiritu de inquerimiento se ha despertado, y se ha desarrollado grandemente el hábito de hacer preguntas, se puede usar el plan de conferencias por parte del maestro. La verdad hace sus preguntas tan pronto como la mente se despierta. La manzana caida traia en sí la cuestión de la gravitación para la mente de Newton; y la tetera hirviendo propuso a Watts el problema de la máquina de vapor.

Reglas para los Maestros

Como las otras leyes, ésta también sugiere algunas reglas prácticas para la enseñanza.

(1) Adáptense las lecciones y ejercicios a la edad de los alumnos. Los niñitos estarán más interesados en las cosas que llaman a los sentidos, y especialmente en la actividad; los mayores se interesarán en los razonamientos y en resolver problemas.

(2) Elíjanse lecciones que tengan relación con la condición y necesidades de los discípulos.

(3) Considérese cuidadosamente el asunto de la lección que ha de enseñarse, y búsquese su punto de contacto con la vida de los discípulos.

(4) Cuando se asigne la lección, excítese el

interés de los alumnos hacia ella, por medio de preguntas o por medio de exposiciones que despierten el deseo de inquerimiento. Hágase ver que en la lección se encontrará, si es estudiada perfectamente, algo digno de conocerse, y después pregúntese cual es la verdad que se ha descubierto.

(5) El maestro frecuentemente debe ocupar la posición de un alumno entre sus alumnos, uniéndose a ellos en la busca de algún hecho o principio.

(6) Reprímase la impaciencia que impide que el alumno se explique, y que trata de sacar las palabras de las bocas de los alumnos. Si no se hace asi los discípulos se resentirán, pensando que ellos hubieran podido dar la explicación si se les hubiera concedido tiempo para ello.

(7) En todos los ejercicios de clase trátese de excitar constantemente un interés y actividad nuevas. Háganse preguntas para que los niños investiguen y respondan. La lección que no tiene como culminación la pregunta, termina mal.

(8) Obsérvese a cada alumno, a fin de evitar que su mente esté errante, y para evitar que sus actividades se empleen en cosas ajenas a la lección.

(9) Considérese como el principal deber el despertar las mentes de los alumnos, y no se

descance hasta que el niño demuestre su actividad mental por medio de las preguntas que hace.

(10) Reprímase el deseo que algunas veces sienten los maestros, de decir todo lo que saben del asunto o lección; si se dice algo en forma de ilustración o explicación, procúrese que despierten en el alumno el deseo de hacer preguntas sobre el asunto.

(11) Dése a los alumnos tiempo para pensar, después que se tenga la seguridad de que su mente está en trabajo activo, y anímeseles a hacer las preguntas que deseen.

(12) No debe contestarse con prontitud las preguntas que se hagan, sino que es conveniente esperar un momento, a fin de darle mayor fuerza; y siempre que sea posible, contéstese con nuevas interrogaciones, lo que hará más profundo el pensar.

(13) Enséñese a los alumnos a preguntar: ¿Qué? ¿Por qué? y ¿Cómo? — la naturaleza, causa y método de cada hecho o principio que se les haya enseñado; y también: ¿Donde? ¿Cuándo? ¿Por quién? y ¿Qué resultará? — el lugar, tiempo, actores y consecuencias de los acontecimientos.

(14) La narración nô debe agotar el asunto, sino que debe dejarse algo sin decir para que estimule el pensamiento y los esfuerzos de los alumnos.

Violaciones y Errores

Muchos maestros, al descuidar estas reglas, matan el interés en la clase y luego no saben como sucedió tal cosa.

(1) La principal y más constante violación de esta ley de enseñanza, es tratar de enseñar la lección por medio de la simple palabra: "Os lo he dicho diez veces y aún no lo sabeis," exclama uno de los maestros de esta clase, no recordando que el conocimiento viene por el pensar y no porque se haya dicho.

(2) Es otro error quejarse de que la mente no guarde lo que, en realidad, jamás se le ha dicho. Para que los hechos o principios que se enseñan sean recordados, la atención debe estar concentrada en ellos, y ha de haber un esfuerzo consciente para recordar.

(3) Una tercera violación consiste en la prontitud con que los maestros exijen que se reciten las lecciones en las mismas palabras del texto; y si en la clase se hace alguna pregunta, impedir a los alumnos que piensen. Si el alumno duda y se detiene por no haber pensado o por falta de memoria, lo malo está en la lección anterior, que ahora da ese fruto; pero si esta duda se debe a que el alumno piensa despacio, o a que el asunto es verdaderamente dificil, entonces hay que dar a los alumnos tiempo para que piensen, y si el

horario no lo hace posible, debe permitírseles en el siguiente dia de reunión.

El caracter superficial y no práctico de mucha de la enseñanza actual, se debe a este método de recitar las lecciones de prisa y sin pensar. El discípulo, en vez de aprender profundamente la lección, la aprende sólo de manera que le sea posible recitarla prontamente. Si esta clase de faltas prevalece en las escuelas diarias, ¿Cuánto más perniciosas no serán en las Escuelas Dominicales? Si las lecciones de las Escuelas Dominicales han de influenciar las vidas de los alumnos, purificando y elevando sus pensamientos, y haciéndoles sabios en las verdades religiosas que se les enseña, entonces la instrucción no debe consistir en mera palabreria, sino que debe ir acompañada de los mejores métodos usados en las escuelas diarias.

¡Cuán diferentes son los resultados cuando esta gran ley de la enseñanza es propiamente obedecida! Las propias actividades, cuando son estimuladas, operan de una manera correcta, y entonces el aula se transforma, bajo su poder, en un laboratorio de gran actividad. Los alumnos entonces se convierten en pensadores — descubridores. Obtienen grandes verdades que aplican a las grandes cuestiones de la vida; e invaden nuevos campos del conocimiento. Entonces el maestro solamente guia en la marcha; entonces el reconocimiento,

por parte del discípulo, se convierte en conquista; la habilidad y el poder crecen con sus ejercicios. Por medio de este proceso los alumnos encuentran lo que sus mentes buscan y se convierten en estudiantes verdaderos e incansables.

Capítulo VII

LA LEY DEL PROCESO DEL APRENDIZAJE

1. Ahora debemos pasar del maestro al discípulo. Se ha visto que el trabajo del maestro consiste esencialmente en despertar y guiar las actividades del discípulo. El trabajo del discípulo, lo que hemos de estudiar ahora, es usar estas actividades en el estudio. Las leyes de la enseñanza y aprendizaje pueden parecer, a primera vista, diferentes aspectos de la misma ley, pero son, en realidad, muy distintas — la una tiene referencia al trabajo del instructor, la otra al que ha de realizar el que recibe esta instrucción. La ley del *proceso de la enseñanza* incluye los medios por los que han de despertarse las actividades de los alumnos; la ley del *proceso del aprendizaje* determina la manera en que han de emplearse estas actividades.

2. Si observamos a un niño mientras estudia, veremos claramente que de él no se requiere meramente un esfuerzo de la atención, o un ejercicio vago y sin propósito de sus poderes; sino que existe un acto o proceso que deseamos

que él ejecute. Este proceso es formar en su propia mente, por el uso de sus poderes, un concepto verdadero de los hechos o principios de la lección. A este propósito deben dirigirse todos los esfuerzos del maestro y del alumno. La ley del proceso del aprendizaje puede, por tanto, expresarse de la siguiente manera:

El discípulo ha de reproducir en su mente la verdad que ha de aprender.

3. Las leyes que hasta aqui hemos estudiado conciernen principalmente al maestro; la que ahora estudiamos concierne tanto al maestro como al discípulo. Ella pone de manifiesto los principios que han de guiar al estudiante en su estudio y sobre los cuales el maestro debe hacer énfasis. A la par que dice al maestro como ha de enseñar, dice también al alumno como ha de estudiar.

La Filosofia de la Ley

4. Ya hemos dicho que, derramar meramente ante los alumnos los conocimientos del maestro, no es enseñar. Ahora debemos decir que el aprender y recitar de memoria las palabras del maestro no es el verdadero aprendizaje. La obra de la educación, por el contrario de lo que generalmente se cree, ha de ser realizada mas bien por el alumno que por el maestro. Esta idea, que ya ha sido presentada en las

páginas anteriores, queremos reafirmarla aqui como fundamental.

5. Hay que distinguir entre el acto de descubrir personalmente una verdad y el de aprenderla de otras personas. El descubrimiento se efectúa por medio de procesos de investigación original, despacio y laboriosamente; se aprende de otras personas por medio de procesos de interpretación, los que pueden ser fáciles y rápidos. Sin embargo, tienen mucho de común; porque el alumno descubre en parte lo que aprende. Pero el aprendizaje verdadero no consiste en la mera repetición de lo que ha oido decir a otros. El descubridor toma mucho de los hechos que otros conocen, y el estudiante ha de agregar a lo que aprende, mucho de su propia experiencia. Su propósito debe ser convertirse en un descubridor independiente en el campo del conocimiento, y no simplemente en uno que escucha pasivamente lo que otros dicen. Tanto el descubridor original como el estudiante, deben proponerse buscar nuevos hechos y principios, tratando asi de obtener una concepción más clara y distinta de esos hechos y verdades. Es indispensable que el estudiante se convierta en investigador.

6. En el proceso del aprendizaje hay varias fases que deben ser cuidadosamente notadas aqui, a fin de que pueda comprenderse bien el verdadero significado de la ley.

Primero. Muchas veces se dice que un alumno ha aprendido la lección, cuando se la ha aprendido de memoria y puede repetirla palabra por palabra. Esto es todo lo que tratan de hacer algunos discípulos, o lo que requieren algunos maestros que consideran su labor terminada al conseguir esta reproducción verbal. La educación resultaria una cosa muy fácil y muy pobre si esto fuera el verdadero aprendizaje.

Segundo. Se ha efectuado un progreso evidente cuando el alumno, además de memorizar las palabras, comprende también la idea. Resulta magnifico que muchos maestros se cuiden solamente de la idea, y que a ese fin instruyan a sus alumnos; pero en esto hay peligro, porque son muchos los casos (como cuando se enseñan lecciones de la Biblia) en que es importante conocer y memorizar las palabras.

Tercero. Es mucho mejor todavia que el alumno pueda traducir el pensamiento en sus propias palabras y sin detrimento de la idea. El que puede hacer esto ha avanzado más allá del mero aprendizaje, colocándose en la actitud de un descubridor. Ha aprendido a utilizar sus propios pensamientos tanto como los ajenos. El maestro capacitado reconocerá esto y estará dispuesto a perdonar la posible crudeza de la expresión de sus discípulos, al alentarlos a

pensar más apropiadamente como medio de usar un lenguage más propio.

Cuarto. El alumno habrá progresado todavia más cuando comience a buscar la evidencia de las cosas que estudia. El que puede dar razones de las cosas que cree es mejor estudiante y creyente más firme que el que cree sin saber por que cree. El verdadero estudiante busca pruebas: el mayor trabajo del estudiante de la naturaleza consiste en buscar pruebas de sus descubrimientos. El estudiante de la Biblia debe buscar para su propio bien la prueba de que es verdad lo que ella dice. Aun los discípulos más pequeños se posesionarán más fuertemente de la verdad si comprenden su razón. Al buscar las pruebas, el alumno encontrará muchos conocimientos en su camino, a manera del que sube una montaña, que a medida que asciende va adquiriendo mayor conocimiento de la campiña que le circunda.

Quinto. Una fase más elevada y fructífera del aprendizaje, se encuentra en el estudio de los usos y aplicaciones del conocimiento. No se aprende completamente una lección hasta tanto se tracen sus conexiones con la gran maquinaria de la naturaleza y de la vida. Cada hecho tiene su relación con la vida, cada principio sus aplicaciones, y hasta que éstos sean conocidos, los hechos y los principios serán inútiles. Las relaciones prácticas de la

verdad y las fuerzas que se encuentran tras los hechos, jamás son bien comprendidos mientras no apliquemos nuestro conocimiento a alguno de los propósitos de la vida y del pensamiento. El muchacho que encuentra uso para lo que ha aprendido en la lección, llega a interesarse en el trabajo que realiza en la escuela y en él obtiene éxito. Entonces lo que era conocimiento inútil se convierte en sabiduria práctica.

7. El proceso del aprendizaje no se habrá completado hasta que se llegue a esta última fase. Los otros pasos ayudan a iluminar el entendimiento de los discípulos a medida que progresan en su trabajo; pero nuestra ley exije que lleguemos a esta última fase, y a este fin deben tender continuamente el maestro y el discípulo.

8. Por medio de estos pasos, el ansioso estudiante estará en condiciones de vigilar su propio progreso en su trabajo. Podrá hacer estas preguntas: ¿Qué dice esta lección? ¿Cuál es su significado? ¿Cómo podré expresar su significado en mis propias palabras? ¿Puedo creer lo que me dice la lección? ¿Por qué puedo creerlo? ¿Cuál es el bien que puedo sacar de ella — cómo podré aplicar y usar el conocimiento que me da?

9. Es verdad que muchos lecciones no son aprendidas de esta manera tan completa y

comprensiva, pero esto no altera el hecho de que ninguna lección será verdaderamente aprendida hasta que sea asi aprendida y dominada.

Limitaciones a la Ley

10. Debemos considera dos limitaciones de esta ley de la enseñanza. La primera se refiere a la edad de los alumnos. Debe recordarse que las activadades mentales del niño están muy cerca de los sentidos. Su conocimiento de una lección estará confinado por los hechos que hagan un llamamiento a la vista, o que puedan ser ilustrados a cualquiera de los sentidos. Más tarde, el deseo de los discípulos, de estar en actividad y de llevar a cabo alguna empresa activa, puede ser utilizado con éxito en la enseñanza. A medida que se acercan a la madurez, los jóvenes piensan más y más en las razones y las lecciones que más les influenciará serán aquellas en que se demanden razones y den conclusiones.

Otra limitación es la que tiene referencia a los distintos campos del conocimiento. En cada ramo del conocimiento hay evidencias y aplicaciones que le son propias, y de ahi que la operación de ésta varie con las condiciones existentes. El maestro capacitado descubrirá estas diferencias y encontrará las condiciones apropiadas para estudiar cada una.

11. Herman Krüsi, uno de los mejores maestros que han existido, por ser uno de los estudiantes más amantes de la niñez, dijo: "Cada niño que he observado durante mi vida, ha pasado por ciertos períodos admirables de inquerimiento que parecen originarse en su sér más interno. Después de pasar de la temprana edad del balbuceo a la del habla, ha repetido siempre, a cada nuevo fenómeno, la siguiente pregunta: "¿Qué es eso?" Si como respuesta ha recibido el nombre de la cosa, eso le ha satisfecho completamente; porque no deseaba saber otra cosa. Después de un número de meses, ha entrado en otro estado, en el cual el niño ha unido a la primera pregunta esta otra: "¿Qué hay en eso?" Estas preguntas tenian mucho interés para mi y he reflexionado mucho en ellas. Al fin fué claro para mi que el niño habia encontrado el método verdadero para el desarrollo de las facultades pensantes." Las preguntas que Krüsi menciona pertenecen al primer período de crecimiento y educación; en los otros períodos surjen otras preguntas.

Reglas Prácticas para los Maestros y los Discípulos

Las siguientes reglas, nacidas de nuestra ley, son útiles tanto para el maestro cuanto para el discípulo.

(1) Ayúdese a los alumnos a formar una idea clara del trabajo que han de realizar.

(2) Hágasele ver que las palabras de la lección han sido cuidadosamente escojidas; y que pueden tener significados especiales que seria bueno conocer.

(3) Enséñeseles que generalmente se implicarán más cosas de las que se dicen.

(4) Anímeseles a que expresen, en sus propias palabras, el significado de la lección, según él lo entienda, y a que persista hasta que acabe de comprender todo el pensamiento.

(5) Procúrese que los alumnos continuamente pregunten el *por qué,* a fin de que lleguen a saber que de ellos se espera que den la razón de sus opiniones. Pero que también comprenda claramente que las razones han de variar con los materiales que se estudian.

(6) Procúrese que el alumno llegue a ser un investigador independiente — un estudiante de la naturaleza y un descubridor de la verdad. Cultívese en él el hábito de la investigación.

(7) Ayúdesele a probar sus opiniones, hasta donde le sea posible, a fin de ver si son la reproducción de la verdad que se le ha enseñado.

(8) Procúrese constantemente desarrollar en los alumnos un profundo amor a la verdad, como cosa noble y duradera.

(9) Enséñese a los discípulos a odiar el finjimiento y los sofismas y a huir de ellos.

Violaciones y Errores

Las violaciones de esta ley del proceso del aprendizaje son las más frecuentes y fatales que se cometen en la obra de las escuelas. Puesto que el aprendizaje es el corazón del trabajo que se realiza en las escuelas, un fracaso en esto lo es en todo. El conocimiento puede presentarse a los alumnos en el ropaje más hermoso; los maestros pueden derramar la instrucción sin faltas; las lecciones pueden ser aprendidas y recitadas, bajo la presión de la más rigida disciplina y de los más urgentes mandatos; pero si esta ley no es obedecida, los resultados serán excesivamente pobres. Los siguientes son algunos de los errores más comunmente cometidos:

(1) Se deja al discípulo en la obscuridad de un imperfecto y fragmentario dominio del asunto, por el error de creer que está en claridad del conocimiento. La prisa para ir adelante impide que se piense.

(2) Se insiste tanto en el lenguage del libro de texto, que el discípulo no cuenta con incentivos para tratar de probar su poder de expresión. De esta manera se le hace creer que las palabras lo es todo, que el pensamiento no es nada. Los estudiantes amenudo aprenden de memoria las demostraciones de geometria, y ni siguiera llegan a pensar que esas demostraciones significan algo.

(3) El dejar de insistir en que los alumnos han de pensar por sí mismos, es una de las faltas más corrientes en nuestras escuelas.

(4) Frecuentemente no se pide que se den las razones de las declaraciones que aparecen en la lección y, como es natural, no se presentan esas razones. El alumno cree lo que dice el libro, meramente porque lo dice el libro.

(5) Persistentemente se hace caso omiso de las aplicaciones prácticas. Lo último que se hace ver a los discípulos es que la lección tiene su uso práctico.

En ningún lado en la enseñanza son estas faltas tan frecuentes y tan peligrosas como en la Escuela Dominical. "Siempre estudiando, pero sin llegar jamás el conocimiento de la verdad," es la triste historia de muchas clases de la Escuela Dominical. Si esas clases fuesen enseñadas de la manera que prescribe nuestra ley, los resultados serian muy diferentes.

CAPÍTULO VIII

LA LEY DE LA REVISTA Y LA APLICACIÓN

1. Supongamos que el proceso de la enseñanza ha terminado. El maestro y el discípulo se han reunido y realizado juntos su trabajo; el lenguage, cargado de ideas y ayudado por las ilustraciones, ha sido hablado y comprendido; el conocimiento se ha llevado a la mente de los discípulos y en ella permanece de una manera más o menos completa, para alimentar el pensamiento, para modificar la conducta y para formar el carácter. ¿Qué más se necesita? El trabajo del maestro parece terminado; pero todavia es necesario realizar un trabajo dificil, quizás el más dificil. Todo lo que se ha hecho permanece escondido en las mentes de los alumnos, y se encuentra en ellas más bien como potencia que como posesión. ¿Qué proceso convertirá en hábitos activos las potencias del pensamiento que se han formado? ¿Qué influencia moldeará en ideas permanentes las concepciones que se han adquirido? Nuestra séptima ley provee a este trabajo final. Esta ley de confirmación y madurez de los

resultados, puede ser expresada de la siguiente manera:

La terminación, prueba y confirmación de la obra de la enseñanza ha de realizarse por medio de la revista y aplicación.

2. La presentación de esta ley incluye los principales propósitos de la revista: (1) perfeccionar el conocimiento, (2) confirmar el conocimiento, y (3) hacer que este conocimiento esté listo para ser usado, y que resulte útil. Estos tres propósitos, aunque son distintos en idea, de hecho están conectados de tal manera que pueden ser asegurados por medio del mismo proceso. Seria dificil sobreestimar el valor e importancia de esta ley de la revista. Ningún tiempo del que se gasta en la enseñanza, puede ser empleado más efectivamente que el que se da a la revista. Aunque en otras cosas sean iguales, el maestro más hábil y efectivo es el que obtiene de sus discípulos revistas frecuentes, completas, interesantes.

La Filosofia de la Ley

3. Una revista es algo más que una repetición. Una máquina puede repetir un proceso, pero sólo un agente inteligente puede hacer una revista de él. La repetición de una máquina es efectuar un movimiento exactamente igual a los anteriores; la repetición de la mente

es: *volver a pensar la idea o pensamiento.* Es más: envuelve nuevas concepiones y asociaciones, y efectúa un crecimiento de facilidad y poder.

4. Las revistas tienen diferentes grados de perfección, desde la mera repetición de las palabras de la lección, o la mirada retrospectiva a algún hecho o fase, hasta el más completo reconocimiento del campo del conocimiento — una completa ocupación del campo, del cual el primer estudio fué sólo un reconocimiento. Las revistas más sencillas son, en su mayor parte, simples repeticiones; las más completas deberian ser profundos *re-estudios* de las lecciones anteriores.

5. Una revista parcial puede abrazar una sola lección, o un solo tópico del asunto — el desarrollo de un simple hecho o principio, la rememoración de algún acontecimiento, o de algún punto dificil de la lección. La revista completa puede ser un precipitado repaso de todo el campo, por medio de unas pocas preguntas, o puede ser una completa y final reconsideración de todo el asunto. Cada clase de revista tiene su lugar y uso. En esta discusión veremos que ninguna enseñanza puede ser completa sin la revista, sea esta hecha bajo la dirección del maestro, o voluntariamente por el discípulo.

6. Una nueva lección o un nuevo tópico no

se revela completamente al principio; distrae la atención y su misma novedad puede ofuscar la mente. Cuando entramos en una casa extraña, no sabemos donde encontrar sus diversas habitaciones y la atención es distraida por los muebles o artículos de decorado más singulares y conspicuos. Hemos de volver una y otra vez, y reconocer la escena con ojos familiarizados con el lugar, antes de que se nos revele todo el plan del edificio, los usos de sus habitaciones y los muebles que encierra. Asi mismo se ha de volver una y otra vez a la lección, si queremos ver todo lo que ella encierra, y llegar a una comprensión vívida y verdadera de su significado. Todos habremos notado seguramente cuanto nuevo e interesante encontramos en un volumen antiguo y familiar cada vez que volvemos a leerlo.

7. Aun en los libros mejor estudiados, amenudo nos sorprendemos de encontrar nuevas verdades y significados en pasajes que hemos leido repetidas veces. El estudiante más familiarizado con Shakespeare es el que encuentra la mayor amenidad y frescura en las obras del gran dramaturgo. El ojo familiarizado descubre en las obras maestras del arte y la literatura rasgos de poder y belleza que el observador casual no ve. De la misma manera una buena revista siempre agrega algo al conocimiento del estudiante que la hace.

8. Esto resulta una verdad especialmente con referencia a la Biblia, el último estudio de la cual es siempre más rico e interesante. Nada nos sorprende y deleita tanto en los buenos predicadores como los nuevos significados que descubren en textos muy familiares — significados que claramente tienen, pero que no habiamos descubierto en nuestra lectura del Libro Santo. Algunas veces estos significados se hallan ocultos en una palabra, y quizás no se necesite más que darle el verdadero énfasis para descubrirlo; algunas veces están cerca y sólo es necesario descubrir la luz que les arroja el contexto. La repetición, haciendo énfasis en cada palabra, amenudo trae a luz los significados escondidos.

9. En una ocasión, por lo menos, el Gran Maestro hizo uso del poder de la repetición, cuando por tres veces sucesivas hizo a Pedro la pregunta: "¿Me amas?" El discípulo sintió su corazón arder bajo el poder de esa repetición, y con memoria y conciencia despiertas, apeló al testimonio del Maestro en cuanto a la verdad de su amor puesto en duda.

10. Pero las repeticiones de la revista no son hechos todas en la misma hora, sino que se toman dias y semanas y tienen, por tanto, un nuevo elemento en ellas. El lapso de tiempo cambia el punto de vista. En cada revista miramos la lección desde un nuevo

punto de vista. Sus hechos se presentan en un nuevo orden y se ven en nuevas relaciones. Las verdades que aparecian envueltas en sombras en el primer estudio, en la revista son traidas a luz. Cuando se sube una montaña, en cada nueva perspectiva el ojo visita una y otra vez la misma campiña, pero la posición del observador ha variado. Los detalles de la campiña son vistos en diferentes perspectivas y cada vista sucesiva abarca más, es más comprensiva, más completa que las anteriores.

11. La mente humana no obtiene sus victorias con un solo esfuerzo. Hay una especie de encubación mental, como consecuencia de la cual amenudo se hacen espléndidos descubrimientos. Los psicólogos la llaman "cerebración inconsciente," con lo que quieren significar que la mente trabaja por sí sin que nos demos cuenta de ello. Una explicación más sencilla es que la siempre creciente mente alcanza constantemente nuevas posiciones, y obtiene nueva luz que hace visibles las nuevas verdades. Las nuevas experiencias y las ideas recientemente adquiridas, sirven como clave a las lecciones antiguas y lo que aparecia obscuro en el primer estudio, aparece claro y brillante en la revista.

12. El antiguo dicho, "¡Cuidado con el hombre de un libro!" tiene esta enseñanza:

que la repetida lectura de su único libro dió a ese hombre un tal dominio del asunto en él tratado, que le convirtió en peligroso antagonista en su campo favorito. Eso demuestra el poder que se obtiene por las frecuentes revistas.

13. Las frecuentes repeticiones son valiosas porque corrijen la rememoración. La rememoración depende de la asociación de ideas — la idea en la mente recordando las otras ideas con que ha estado unida por alguna asociación pasada. Cada revista establece nuevas asociaciones, a la vez que robustece y hace familiares las antiguas. La lección que es estudiada una vez solamente, con toda probabilidad será aprendida sólo para ser olvidada. Lo que es completa y repetidamente revisado, queda tejido en nuestro pensamiento y se convierte en parte de nuestro equipo de conocimiento. La medida verdadera de los conocimientos de un alumno, no es lo que ha aprendido y recitado, sino lo que permanentemente recuerda y usa.

14. El propósito del verdadero estudio no es meramente conocer, sino tener conocimiento para usarlo — poseerlo completamente, como se posee el dinero para los gastos diarios, o las herramientas y materiales para el diario trabajo. Sólo las revistas frecuentes y acabadas pueden dar este completo dominio y libre uso de la

verdad. Hay una habilidad en el saber, lo mismo que la hay en el arte, y esta habilidad, en ambos casos, depende de los hábitos, y el hábito es hijo de la repetición.

15. El poder práctico de la verdad, al formar la conducta y modelar el carácter, pertenece sólo a las verdades que han llegado a ser familiares por la repetición. Los caminos de nuestra vida diaria no se forman por las lijeras marcas que deja un muchacho en su huida, sino por el pie que en su ida y venida marca profundamente el suelo. Si queremos que alguna gran verdad nos sostenga y domine, hemos de volver a ella tan amenudo que al fin se establezca en la mente como un dictado de la conciencia, y derrame su luz sobre cada acto y propósito con que concierna.

16. La bien conocida influencia de las máximas y proverbios, viene de la prontitud con que son recordadas, y del poder que han adquirido por su repetición continua. Los textos de las Escrituras que más nos influencían, son aquellos que se nos han hecho familiares por el uso, y que la mente recuerda prontamente cuando la ocasión lo requiere.

17. De todo esto se verá que la revista no es simplemente una excelencia agregada a la enseñanza, que se puede desechar si falta el tiempo; es una de las condiciones esenciales a la buena enseñanza. No hacer revistas es

hacer la obra a medias; porque la ley de la revista descansa sobre las leyes de la mente. Puede que no se haga la revista formalmente y con un claro designio, pero jamás se efectuó enseñanza alguna en la que faltara la revista, en cualquier forma, ya por la dirección del maestro, ya por un impulso natural del discípulo — la revista y repetición de la lección aprendida. La regla bíblica de "linea sobre linea y precepto sobre precepto," es un reconocimiento de esta verdad.

18. Los procesos de la revista necesariamente han de variar con los asuntos que se estudian y también con la edad y conocimientos de los alumnos. Cuando se trata de discípulos pequeños, la revista no puede ser mucho más de una sencilla repetición; cuando de alumnos mayores, la revista será un atento re-estudio del asunto, con el propósito de obtener una mayor comprensión de él.

Un principio de matemáticas puede ser revistado por medio de nuevas aplicaciones y problemas. Un principio científico puede grabarse en la mente por medio del estudio o análisis de una nueva especie, o por el estudio de hechos adicionales que vienen a robustecer el mismo principio. Un capítulo de historia puede ser estudiado por medio de nuevas preguntas, tendentes a obtener una nueva opinión, o comparándolo con las declaraciones

de otro autor. Una verdad bíblica puede ser revistada por medio de nuevas aplicaciones al corazón y a la conciencia, o al juicio de los deberes y acontecimientos de la vida.

19. Al estudiar la Biblia es cuando más necesaria y valiosa resulta la revista. La Biblia requiere y repaga el estudio repetido de ella; y, por todos conceptos, el conocimiento bíblico debiera ser familiar para nosotros. Sus palabras y preceptos deberian ser guardados en el pensamiento, con toda claridad y precisión, como los dictados del deber.

20. Puede servir de revista cualquier ejercicio que traiga a la mente el material que ha de ser revistado. Una de las mejores y más prácticas maneras de hacer la revista, es: Mencionar algún hecho o verdad que ya se ha estudiado y aplicarlo a sus usos. Nada como eso para fijarlo en la mente y grabarlo en el entendimiento. De esta manera la tabla de multiplicar puede ser aprendida por la repetición ordenada de sus factores y productos sucesivos; pero sólo su frecuente revista, y uso en las operaciones diarias, nos dan de ella un dominio tan completo que podemos recordarla sin gran esfuerzo. Lo mismo sucede con la mayor, más maravillosa y perfecta de las adquisiciones de la mente humana — los millares de palabras — signos y modismos de la lengua madre — nada más que la incesante repetición y revista

del uso diario, puede de tal manera colocarlas en la memoria, y ponerlas en acción en los tratos de la mente, que vengan con las ideas que simbolizan y que guardan el mismo paso que los rápidos movimientos del pensamiento, como si fuera una parte natural del proceso del pensar.

21. La habilidad de los artesanos y profesionales en recordar instantaneamente los principios y procesos de sus artes y profesiones, es el producto de incontables repeticiones en la práctica diaria. Esta clase de revista es valiosa en todos los casos en que se puede hacer que los discípulos apliquen el material aprendido a la solución de problemas comunes, a la dirección de cualquier proceso, o a la realización de cualesquiera serie de actos. El arte del maestro, en su labor, está en modelar preguntas que obliguen a hacer uso del material que se ha de revistar.

22. Por ningún motivo debe descuidarse el uso de trabajo manual. La mano en sí es un buen maestro, y pocas revistas son más efectivas que aquellas que son ayudadas por la mano. Testigo de ello es el valor del trabajo que se realiza en el laboratorio, tan en boga ahora en los estudios científicos.

Resultará una gran ayuda a la revista que los alumnos traigan listas de las personas, objetos, lugares, etc., que se mencionan en las

lecciones, para con ellas hacer estados tabulares de acontecimientos, para mapas, planos o dibujos de los lugares o cosas, o para hacer estados escritos, o preguntas.

Reglas Prácticas para los Maestros

Entre las muchas reglas prácticas para las revistas, las siguientes son las más importantes:

(1) Considérense las revistas como en orden siempre.

(2) Desígnese tiempo específico para las revistas. Al comienzo de cada período revístese brevemente la lección precedente.

(3) A la terminación de cada lección, diríjase una mirada al material que ya ha sido estudiado. Casí todas las buenas lecciones terminan con un sumario. Seria conveniente que los discípulos supieran que cualquiera de ellos puede ser llamado a hacer un sumario de la lección, a la terminación del período de clase.

(4) Después de haber estudiado cinco o seis lecciones, o a la terminación de un tópico, hágase una revista desde el principio. Los mejores maestros dedican aproximadamente una tercera parte de cada período a la revista. Asi ellos se *apresuran poco a poco* y progresan con seguridad.

(5) Cuando se pueda hacer referencia con provecho a alguna lección pasada, debe apro-

vecharse esta oportunidad para traer los conocimientos antiguos a nueva luz.

(6) Las nuevas lecciones deberían ser preparadas de tal manera, que traigan a revista y aplicación los materiales de las lecciones pasadas.

(7) Hágase la primera revista tan pronto como sea posible, después de haber sido aprendida la lección.

(8) A fin de hacer las revistas facilmente y con rapidez, el maestro debe guardar en la mente el material aprendido, en grandes porciones, listo para su uso. Asi estará en condiciones de comenzar las revistas en cualquier tiempo, trátese del asunto que se trate. Los discípulos, al ver que el maestro cree que es importante recordar lo que ha estudiado, deseará hacer lo mismo y sentirá el ansia de estar preparado para poder contestar a sus preguntas.

(9) Nuevas preguntas sobre antiguas lecciones, nuevas ilustraciones de antiguos textos, nuevas pruebas para antiguas declaraciones, nuevas aplicaciones para verdades antíguas — todo esto amenudo llevará al discípulo a las lecciones ya estudiadas, con nuevo interés hacia el antiguo material, haciendo asi posible una revista útil.

(10) La revista final, que nunca debe ser omitida, debiera ser escudriñadora, compren-

siva, agrupando los diferentes tópicos de un asunto, como si estuvieran en un mapa, y ayudando al discípulo a familiarizarse bien con el material que ha aprendido.

(11) *Háganse tantas aplicaciones como sea posíble.* Toda buena aplicación envuelve una revista útil y efectiva.

(12) No debe olvidarse el valor del trabajo manual en las revistas.

(13) Anímese a los alumnos a hacer preguntas sobre el material de las lecciones anteriores. Debe permitírseles preguntar frecuentemente; los discípulos pronto sabrán venir a la clase con nuevas preguntas que hacer, y listos para responder a las preguntas que se les haga.

Violaciones y Errores

Las violaciones comunes y casi constantes que se hacen a esta ley de la enseñanza, son bien conocidas de todos. Pero las violaciones desastrosas son conocidas sólo de aquellos que han considerado atentemente los resultados pobres e inadecuados de nuestra laboriosa y costosa enseñanza. La falta de revistas apropiadas no es la única causa del fracaso; sin embargo, el uso más amplio y perfecto del principio de la revista, remediaria en mucho los males producidos por otras causas. Derramamos agua en cisternas rotas; las buenas

revistas quizás no aumentarian la cantidad de agua que entra en ella, pero si compondria las roturas.

La primera violación de esta ley es el completo descuido de las revistas. Este es el desatino que cometen los maestros muy malos.

En segundo lugar viene la revista completamente inadecuada. Esta es la falta que cometen los maestros que siempre están de prisa e impacientes, los que generalmente se preocupan más de terminar el trabajo del semestre que de hacer que los discípulos consideren el trabajo como suyo.

El tercer error es demorar el trabajo de revistas hasta el fin del término o semestre, cuando, habiéndose casi olvidado el material estudiado, las revistas no resultan mucho más de un pobre re-aprendizaje, con poco interés y menos valor.

El cuarto error es el de hacer la revista un mero proceso frio y sin vida, de repetición de preguntas y respuestas, quizás las mismas preguntas y respuestas usadas originalmente. Esto es revista sólo de nombre.

La ley de la revista, cuando se le da toda su fuerza y filosofia, requiere que haya una *nueva visión* — un claro *re-pensar* y *re-usar* del material aprendido, lo que será, en relación con el primer estudio, como las últimas pinceladas que el artista da a su cuadro.

Conclusión

Hemos terminado la discusión de las siete leyes de la enseñanza. Si no hemos fracasado en nuestros propósitos, los lectores habrán visto: *primero*, el verdadero maestro equipado con el conocimiento que desea comunicar; *segundo*, el discípulo, con la atención fija y el interés despierto, ansioso de hacer su estudio; *tercero*, el verdadero medio de comunicación entre ámbos — un idioma claro, sencillo y facilmente entendido por los dos; *cuarto*, la verdadera lección, el conocimiento o experiencia que ha de ser comunicado. Estos cuatro, los actores y la trama de la obra, han sido presentados en acción, efectuando, *quinto*, el verdadero proceso de la enseñanza, el maestro despertando y dirigiendo las actividades del discípulo; *sexto*, el verdadero proceso del aprendizaje, los alumnos reproduciendo en sus mentes, paso a paso — primeramente en simple bosquejo y después en completa concepción — la lección que ha de ser aprendida; y *séptimo*, la verdadera revista, probando, corrigiendo, completando, conectando, confirmando y aplicando el asunto estudiado. En todo esto no se ha visto más que la labor de las grandes leyes de la mente y la verdad efectuando y gobernando el complejo proceso, por medio del cual la inteligencia humana se posesiona

de los conocimientos. El estudio de estas leyes quizás no haga del maestro un maestro perfecto; pero las leyes en sí, cuando sean bien obedecidas en su uso, producirán sus efectos con la misma certeza con que las leyes de la química generan los compuestos químicos, o que las leyes de la vida producen el crecimiento del cuerpo.

INDICE

PÁGINAS

A

D

PÁGINAS

I

PÁGINAS

K

L

N

O

P

